

A PROPÓSITO DE KALMANOVITZ

Los *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*
y el ensayo "A propósito de Arrubla"

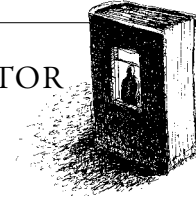
Mario Arrubla



A PROPÓSITO DE KALMANOVITZ / Mario Arrubla
Los *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano* y el ensayo
"A propósito de Arrubla"

Este artículo apareció en la revista Al Margen No. 11, septiembre 2004.





A propósito de Kalmanovitz

Los *Estudios sobre el subdesarrollo* y el ensayo “A propósito de Arrubla”

“La sombra de un cochero, con la sombra de un cepillo, limpiaba la sombra de un coche”.

DOSTOYEVSKI (en alguna de sus novelas)

I. UN LIBRO Y UNA CRÍTICA

Este es un artículo polémico. Nació de un asombro, del asombro de este editor ante tres adjetivos. Ellos fueron: eficiente, sólido y contundente, empleados hoy –agosto de 2004– por Salomón Kalmanovitz para ratificar sus críticas de hace treinta años al libro de Mario Arrubla *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*. Esa ratificación, en los términos mencionados, está contenida en la “Autobiografía intelectual” que se publica en otras páginas de este número de *Al Margen*. Al anunciarnos hace cosa de un mes el envío de su artículo, Kalmanovitz expresó el temor de que nos sintiéramos “cohibidos” para publicarlo por las referencias que allí se hacían al autor de los *Estudios*. Recibido el artículo, este editor respondió, desestimando esa prevención: —Para nada —y se sentó a responder. En realidad, esto último lo hizo después de haber sentido, además de asombro, un despecho. Ojeando el artículo autobiográfico, el Editor vio unas líneas donde Kalmanovitz reconocía que una vieja crítica suya a Lauchlin Currie había sido desaforada, injusta y desenfocada. Por unos segundos el Editor se ilusionó: ¿Será que Kalmanovitz está en plan de enmendar sus viejos excesos polemistas y a hacer también alguna justicia

a los *Estudios*? Vana ilusión. Por el contrario, Kalmanovitz remachaba su crítica. En lugar de desafortunada, la crítica a Arrubla era sólida; en lugar de injusta, era eficiente, y en lugar de desenfocada, era contundente (no hemos cambiado ningún adjetivo).

Antes de adentrarnos en el tema queremos aclarar algo que nos preocupa en la retórica de nuestro artículo: y es que pueda dar una imagen equivocada sobre nuestra valoración de Salomón Kalmanovitz. Este artículo versa sobre el ensayo “A propósito de Arrubla” publicado en 1975, vale decir, sobre Kalmanovitz 75. Al margen de los excesos polemistas de ese ensayo, valoramos en mucho el nivel intelectual de Kalmanovitz y admiramos la valiosa obra que ha producido a lo largo de treinta años. En ese mismo lapso, el autor de los *Estudios* ha dado varias muestras concretas de esa valoración —luego diremos cuáles han sido esas muestras—, ello a pesar del propósito kalmanovitziano de refutar, desmontar, hacer trizas todos los esquemas teóricos construidos laboriosamente por Arrubla en sus *Estudios*. A fin de que el juicio que aquí expresamos sea completo, contenga toda la verdad, digamos lo que, para nosotros, constituye su mayor defecto como autor —como pensador, como escritor: es su inclinación a la teorización, a armarse de una teoría general para abordar los fenómenos y, lo que es peor, a tomar a menudo por tema no fenómenos sino conceptos y a entrar en debates sobre conceptos. Con las grandes teorías debe hacerse lo que decía Wittgenstein sobre la filosofía: utilizarlas como una escalera para subir por ellas y luego tirarlas. Al encuentro de los fenómenos se debe ir con la mente limpia, purificada de ideas generales.

Breve noticia bibliográfica

El libro *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano* fue publicado en 1969. Reunía tres ensayos: “La Operación Colombia o el capitalismo utópico”, “Esquema histórico de las formas de dependencia”, y “Análisis estructural de la economía colombiana”. Esos ensayos habían aparecido originalmente en 1962-63 en la revista *Estrategia*, órgano del Partido de la Revolución Socialista, PRS. En el lapso transcurrido entre los ensayos y el libro, el autor había abandonado aquellas de sus tesis directamente dictadas por su ardor revolucionario: que el capitalismo colombiano tenía estructuralmente cerrado el camino del crecimiento, que podía ser subvertido prontamente y que los revolucionarios debían fijarse como meta la construcción del socialismo, la estatalización de la economía por un gobierno popular. (Creo recordar que

Arrubla no hablaba de dictadura del proletariado, que no era tan leninista como Kalmanovitz). Otro hecho importante, básico: en el mismo lapso, el autor de los *Estudios* había dejado de ser marxista. Y algo más específico –el principal cambio en sus puntos de vista: había llegado a considerar desastrosa cualquier práctica política que tuviera por propósito estimular la lucha de clases y fijarse metas en términos de subversión clasista. Surge la pregunta obvia: ¿Por qué Arrubla publicó un libro cuyos móviles revolucionarios había dejado atrás, cuyas tesis revolucionarias ya no sostenía, cuyas asunciones prácticas clasistas le parecían desastrosas? Tratemos de responder esa capciosa pregunta de la manera más sincera posible. Arrubla publicó los *Estudios* por una ligereza: no pensaba que su libro pudiera alcanzar mayor influencia, no pensaba que pudiera echarle leña, ni siquiera una astilla, al fuego de la violencia colombiana. Esto fue equivocado: no fueron pocos los izquierdistas que, años después, le contaron al autor que la lectura del libro los había decidido a lanzarse a la lucha armada. Otra cosa: el editor interesado en publicar el libro esgrimió el argumento de que los tres ensayos de *Estrategia* ya estaban circulando en las universidades en copias mimeografiadas, plagadas de errores. Eso era verdad. *And last but not least*, pesó en la balanza el natural afecto por los propios retoños. El libro era bueno intelectualmente, también literariamente, y tenía además otras virtudes: desarrollos teóricos valiosos, o por lo menos inspiradores, independientemente de cualquier posición política (como lo mostraremos en el curso de este artículo). El libro fue un gran éxito editorial. Entre 1969 y 1983 se sacaron 15 o 16 ediciones de distintos tirajes, para un total aproximado de 60.000 ejemplares –uno de los libros más vendidos en el país sobre temas socioeconómicos. (No nos ocultamos el secreto de ese éxito: más que por sus virtudes intelectuales, el libro “pegó” porque sintonizaba con ondas prevaletentes en la época).

Digamos unas palabras sobre las motivaciones político-ideológicas del libro. En el origen de los ensayos estaba el entusiasmo revolucionario desatado en los sesenta por la Revolución Cubana (no tanto por la revolución en sí misma como por el hecho de que estuviera resistiendo con éxito los embates de la potencia imperialista que, atendiendo un disgusto de la United Fruit, arrollara pocos años antes a la infeliz Guatemala de Arbenz). Ese entusiasmo revolucionario no se compadecía con la política del Partido Comunista colombiano, que sólo aspiraba –con serias razones, vistas las cosas desde hoy– a la ampliación de las libertades democráticas. También estaba en el origen de los ensayos una vocación intelectual confundida con el saber

marxista, la voluntad de darle fundamentos teóricos al radicalismo político. Ello implicaba estudiar la sociedad colombiana con conceptos marxistas, tarea de cierta manera inédita –los precedentes en ese sentido eran muy pobres–, y por ello especialmente atrayente para un autor novel. (En los años cincuenta, el solo hecho de conocer el marxismo en los textos de Marx era un título de excelencia intelectual. Este editor todavía recuerda la admiración con que se comentaba que Darío Mesa y Antonio García habían leído *El Capital*). Resumiendo, los motivos del autor eran la pasión revolucionaria, su condición de intelectual marxista y los halagos de una tarea prestigiosa.

Los ensayos se proponían contradecir las concepciones reformistas del Partido Comunista de Colombia. Si el programa del PCC era reformista, los ensayos decían que “las condiciones estaban maduras” para la revolución y había que luchar por la instauración del socialismo de manera inmediata. Si el PCC decía que había que aliarse con los sectores progresistas de la burguesía a fin de ampliar la democracia formal, los ensayos decían que no había ninguna burguesía progresista sino que la burguesía colombiana era reaccionaria en todos sus sectores. Etcétera. El análisis de la estructura económica colombiana estaba presidido por el propósito de dar un fundamento “objetivo” a esas posiciones.

Una crítica a los ‘Estudios’ no contestada

En 1975, en la revista *Ideología y Sociedad*, órgano de la agrupación Bloque Socialista, Salomón Kalmanovitz, ideólogo de esa agrupación, publicó una crítica de los *Estudios* bajo el título de “A propósito de Arrubla”. Esa crítica tuvo un gran impacto en los medios marxistas y paramarxistas. Ello obedeció al nivel intelectual del crítico y a sus reclamos de ortodoxia marxista, pero también –pedimos perdón por hacerlo notar– a la resonancia del libro criticado. Contra todas las expectativas, no hubo, sin embargo, polémica. Arrubla no respondió a Kalmanovitz. El impacto del ensayo crítico fue tal que todavía veinte años después el autor de los *Estudios* era abordado por militantes de izquierda –mejor, por exmilitantes– que querían saber por qué no le había respondido a Kalmanovitz e inquirían sobre lo que hubiera podido replicar a tal o cual crítica.

Para dar una verdadera respuesta a Kalmanovitz, el autor de los *Estudios* habría tenido que aclarar que ya no era marxista. Esta era una condición imprescindible dado el carácter acentuadamente doctrinario de la crítica. (Al final de esta primera parte, reproduciremos algunos –sólo algunos– de

los textos de la crítica que ilustran su carácter doctrinario y demuestran lo que hemos dicho sobre la abjuración como condición de una réplica). El abandono del marxismo era una viudez muy dura de llevar. Como el “Dios ha muerto” zaratustriano, no era una nueva para ser propagada. La doctrina marxista tenía, es verdad, su lado insano, su deducción práctica cuestionable: la afirmación de una acción política en términos de clase. Eso aparte, casi todo en el marxismo eran virtudes irremplazables: una visión del mundo social del más alto nivel filosófico y escritural –hablamos de Marx–, la voluntad de cambiar el mundo –un joven no se transa por menos–, y la preocupación por la suerte de las clases populares. Para el autor, en el medio de sus compañeros de generación, y de sus lectores todavía más jóvenes, declarar que ya no era marxista equivalía, dada la autoridad ganada con sus ensayos, a una escandalosa apostasía. Los ensayos sobre el subdesarrollo se habían convertido en un punto de referencia de primer orden en los medios revolucionarios del país; diez años después de aparecer en *Estrategia*, como cuenta Kalmanovitz en su “Autobiografía intelectual”, esos ensayos, ahora reunidos en libro, eran estudiados y acatados por la militancia de la propia organización de Kalmanovitz. El autor de los *Estudios* había abandonado el marxismo pero no tenía nada que proponer a cambio, no tenía ninguna filosofía de recambio. Eso motivó su silencio. En realidad, hubo un motivo adicional: y es que las penas de la viudez se prestan poco para las faenas intelectuales. Y hubo todavía un motivo menor, que algo pesaba. (El silencio del autor estaba sobredeterminado, no en el sentido de causa fuerte con que el crítico habla de sobredeterminación –p. 81–, sino en el sentido freudiano, preferido por nosotros, de varios factores que confluyen en el mismo efecto; pero no somos doctrinarios, o sea, no decimos que Kalmanovitz razonara mal por el uso que le daba a una palabra). Ese motivo menor era el siguiente: la organización a que pertenecía Kalmanovitz –el Bloque Socialista– y la revista que publicó su ensayo –*Ideología y Sociedad*– reproducían en cierta forma lo que habían sido diez años atrás el Partido de la Revolución Socialista y la revista *Estrategia*, que publicara originalmente los ensayos de Arrubla. El ensayo de Kalmanovitz era al Bloque lo que los ensayos de Arrubla habían sido al PRS. (El lector puede avanzar por sí mismo en las asimilaciones). Nada parecía prestarse a rivalidades en ese cuadro de repeticiones y mimesis, dadas las diferencias de escenario y de época. Sólo que esas diferencias no valían como tales: Arrubla, no de cuerpo presente pero sí en términos simbólicos, continuaba ocupando, a través de la autoridad de sus *Estudios*, el escenario compuesto por el Bloque y en general por la juventud revolucionaria de la

época. Kalmanovitz, si quería convertirse en el teórico marxista de asuntos socioeconómicos, debía refutar las ideas que Arrubla exponía en los *Estudios*, como prueba de su idoneidad para sustituirlo.

La pretensión de maestría de Kalmanovitz era el rasgo que lo destacaba entre los ideólogos izquierdistas de la época. Para realizar esa voluntad de maestría, Kalmanovitz entendió que, mejor que simplemente criticar, tenía que demoler de arriba abajo las construcciones ideológicas de los *Estudios* —esto es un reparo por lo que ello implica de despreocupación por la justicia y la verdad—. De conformidad con esa lógica, convenía que las concepciones afirmadas por el crítico no sólo fueran diferentes sino opuestas a las del libro en cada una de sus líneas. Ni siquiera los asuntos de filiación ideológica debían escapar a ese afán de oposición. Así, en efecto, mientras que el crítico se afirmaba como un marxista ortodoxo, el autor de los *Estudios* fue tildado de seguidor de pensadores burgueses radicalizados. La pretensión sucesoria no sólo era justa sino necesaria: justa por los innegables créditos intelectuales del pretendiente, necesaria porque el titular había abandonado el campo. Para el autor de los *Estudios*, polemizar con Kalmanovitz en las condiciones descritas equivalía a contender con él por el predominio teórico en los medios revolucionarios. Arrubla, para su fortuna, carecía de la ridícula vanidad del apóstata de que habla Stendhal en sus memorias de viajes por Italia, un obispo que en tiempos de turbulencias sociales y religiosas perdió la fe y abandonó su diócesis, lo que no le impidió enzarzarse después en polémicas teológicas con el prelado que vino a reemplazarlo.

Así como Arrubla, en los ensayos que conformaron los *Estudios*, había sido llevado a error por su revolucionarismo, Kalmanovitz, en el ensayo “A propósito de Arrubla”, fue llevado al desenfreno polemista por su ánimo competitivo. Cuando Dios quiere ofuscar a un autor, lo apasiona. La tenacidad, el furor con que Kalmanovitz procedió a la refutación de los *Estudios* no dejó sana parte alguna del libro. Más adelante mostraremos el amplio repertorio de recursos que el crítico utilizó para llevar a cabo su empresa.

Si el autor, con admirable estoicismo, encajó hace treinta años el ataque negándose a responder en gracia a las importantes razones que hemos referido, este editor quiere responder hoy, no por las desmesuras del ensayo crítico, que olvidadas estaban, sino por el asombro ante la actual ratificación kalmanovitziana de la crítica y por el despecho ante los adjetivos ratificadores. El asombro, en particular, sube de punto por la siguiente consideración: es excesivo que un autor abandone una posición ideológica y siga llamando

sólido algo que produjo en base a esa posición. Ya verá el lector cuántas de las críticas del crítico fueron de carácter doctrinario. Esas razones, pues, llevan al Editor a dar la respuesta que el autor no dio hace treinta años. Hoy por hoy han desaparecido todos los factores que antaño silenciaron al autor de los *Estudios*. Nada se opone, además, a este artículo polémico porque él mismo apenas existe como texto: todo sus temas tienen un carácter anacrónico. El libro *Estudios* era un libro póstumo: cuando se publicó por primera vez, como se dijo, ya el autor había dejado atrás sus concepciones políticas marxistas y sus ansias revolucionarias. El ensayo de Kalmanovitz, visto desde hoy, no sólo sufre los efectos desrealizantes del libro póstumo a que dirigió sus dardos, no sólo pierde entidad por la desfiguración que hizo de sus blancos, sino que retroactivamente ha quedado vaciado de substancia por la rectificación ideológica del crítico, que hoy, según entendemos, no se dice marxista sino otra cosa. Un libro póstumo y una crítica desenfocada, por dos autores que eran marxistas y dejaron de serlo: he ahí la frágil materia del presente artículo.

Una observación editorial. Hemos adoptado para este artículo el título “A propósito de Kalmanovitz” porque hace juego con el del viejo ensayo crítico: “A propósito de Arrubla”, y pensamos que puede ser “vendedor”. Este título, empero, se presta a malentendidos. Reiteramos, aclaramos que nuestro objeto es Kalmanovitz 75, su viejo ensayo crítico. Más que características del autor Kalmanovitz, vemos las mañas de su ensayo como defectos propios del género polémico, llevados al extremo por los problemas sucesorios a que hemos hecho alusión.

Las citas que aquí hacemos provienen de: Mario Arrubla, *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*, Editorial la Oveja Negra, Bogotá, 1969 –1a. edición; y de: Salomón Kalmanovitz, *Ensayos Escogidos de Economía Colombiana*, Centro de Investigaciones para el Desarrollo y Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1986. Este último libro reproduce –pp. 75 a 116– el ensayo “A propósito de Arrubla”. Después de las citas, entre paréntesis, van los comentarios del Editor.

Algunas muestras doctrinarias

Recomendamos al lector que preste especial atención a la última cita de esta primera parte, donde Kalmanovitz dice cuál es la esencia de su ensayo crítico, qué se ha propuesto y qué ha probado con él. Al leer ese párrafo –su sabor, su regusto de magdalenas–, el Editor recordó sus primeras

lecturas “serias” de marxismo: los textos sobre economía y sobre materialismo histórico de la Academia de Ciencias de la URSS.

—“Trabajo, división del trabajo, necesidad, valor de cambio, hasta el Estado, el cambio entre las naciones y el mercado mundial. Este último es, manifiestamente, el método científico” –p. 79. (Cita de Marx traída por el crítico).

—“En todos los casos, la producción es el centro del análisis marxista aun cuando se trate de la conquista de una nación por otra” –p. 79.

—“En los clásicos del marxismo encontramos, por ejemplo, que la categoría de semicolonía describe un país ocupado parcialmente por el imperialismo o que [?] existan ciertas limitaciones jurídicas impuestas por ellos [¿por quiénes?].” –p. 80. (Los *Estudios*, según el crítico, no tienen derecho a usar la palabra “semicolonía” como lo hacen: referida a países políticamente independientes que sufren ciertas formas específicas de subordinación económica, formas que el libro define claramente. Los “clásicos” del marxismo han usado de cierta manera la palabra, convirtiéndola –para el crítico– en una categoría con valor doctrinario, en un bien de manos muertas, como quien dice. Puesto que los *Estudios* la usan en otra forma, están equivocados, dice el crítico. ¿Ve el lector lo que significa doctrinarismo?).

—“Es así como nuestro autor no explicita una teoría marxista del valor aplicada a nuestras condiciones...” –p. 85. (¡Fácil de hacer!).

—“Sin embargo, la dependencia es un concepto que no diferencia clases, que es precisamente la base del análisis marxista para tratar el problema” –p. 100. (Así quedan refutadas todas las teorías de la dependencia).

—“Ya en relación directa con el problema colonial, Lenin establecía la necesidad de ‘destacar los intereses de las clases oprimidas, de los trabajadores, de los explotados, distinguiéndolos con toda claridad del concepto general de toda [sic] la nación en su conjunto, que significa los intereses de la clase dominante’” –p. 100. (Punto doctrinario decisivo).

—“Lo que caracteriza al viejo capitalismo, en el cual dominaba plenamente la libre competencia, era la exportación de mercancías. Lo que caracteriza el capitalismo moderno es la exportación de capital” –p. 107. (Aquí, Kalmanovitz está citando a Lenin. En el presente artículo se volverá más de una vez sobre esta formulación, porque en ella basa Kalmanovitz sus ideas sobre las formas modernas de dominación, así como su rechazo del concepto de dependencia).

—“A todo lo largo del presente ensayo hemos sostenido la superioridad de la teoría marxista-leninista tomada de sus fuentes sobre los desarrollos teóricos llevados a cabo tanto por Arrubla como por toda una amplia

gama de pensadores latinoamericanos. El marxismo cuenta con un gran arsenal de herramientas teóricas mucho más apropiado para tratar el problema del desarrollo capitalista bajo la dominación imperialista que la economía burguesa y la radicalización que de ella hicieron las nuevas corrientes de pensamiento. Los conceptos de modo de producción, el movimiento de transición de un modo de producción a otro, el efecto de las relaciones internacionales sobre la producción, la reproducción del capital y la forma como se distribuye el producto entre las clases y la plusvalía entre los explotadores en una formación social dada son todos de valiosa ayuda para el análisis de la especificidad del desarrollo capitalista bajo la dominación imperialista” –p. 116. (Cita cuyo sabor ya comentamos).

II. IDEAS DE LOS ESTUDIOS

No existe una historia nacional

El ensayo sobre las formas de dependencia empieza con una frase intencionadamente provocadora, que logró sus fines: no existe una historia nacional. Provocadora, porque quería hacer un fuerte contraste con los mitos escolares de una historia patria centrada en mártires y héroes. La idea era sencilla: no es posible estudiar sociedades como la colombiana olvidándose de los marcos internacionales, de la división internacional del trabajo en que esa sociedad se inscribe bajo condiciones subalternas, marcos internacionales cuyos efectos y determinaciones esas sociedades sufren en mucho mayor grado que las sociedades avanzadas de Occidente. Esta idea implicaba lo siguiente: que eso que se llama el dinamismo histórico, la posibilidad de cambio en el orden de la fisonomía general les llegaba principalmente a esas sociedades de la evolución del marco internacional, que era para el autor un sistema imperialista. Así, la visión de la Independencia no podía centrarse en próceres ni en anhelos de libertad ni en hazañas guerreras, sino ante todo en la crisis del sistema imperial español, del carácter acentuadamente parasitario de la madre patria en asuntos de comercio y tributación, y en el ascenso del capitalismo inglés, que necesitaba de la independencia política de los países americanos para acceder a sus mercados y que empujó más tarde a esos países a adoptar el librecambio; en fin, la Independencia era también el producto de la crisis de la monarquía española como expresión última de la conversión de la vieja potencia imperial en un país de segundo orden. Para el autor, el hecho de que países claramente desconectados entre sí –excepto por condiciones pasivas como las lingüísticas y las geográficas– lanzaran en

un mismo momento sus gritos de independencia era una clara muestra de que todos experimentaban a la vez los efectos de un cambio en los marcos internacionales. La moderación conceptual hubiera exigido atenuar la frase mencionada teniendo en cuenta aquello que en sus análisis decían los mismos *Estudios*, vale decir, que durante la Colonia se había formado una casta criolla que aspiraba a los altos cargos de gobierno, que quería librarse de las fuertes cargas tributarias fijadas por la parasitaria Corona española y comerciar libremente con Europa. Para que una colonia se independice, y lo haga sin hundirse en el caos, es preciso que haya en ella un grupo social capaz de ejercer una función dirigente.

Dicen los 'Estudios': "La independencia americana únicamente puede comprenderse en el marco del hundimiento del sistema colonial mercantilista que encabezó España y que se fundaba en el control directo de las colonias para su explotación por medio de tributos y de un comercio reglamentado. La crisis de las manufacturas españolas, que no resistieron las presiones inflacionarias desencadenadas por el traslado ininterrumpido a la metrópoli del oro y la plata americanos, hacía cada vez más insoportable para los criollos de las colonias el monopolio que sobre su comercio exterior ejercía España... Las manufacturas que España entregaba a sus colonias a través de un comercio reglamentado eran en buena parte producidas por la industria inglesa principalmente, y a su carácter de molesta intermediaria la "madre patria" agregaba además progresivamente el carácter de pésimo cliente para los productos agrícolas coloniales, como consecuencia de su decadencia económica generalizada" -pp. 68-69.

Otro tanto sucedió con el proceso de industrialización que tuvo sus brotes iniciales bajo la Primera Guerra mundial y que fue emprendido en firme con ocasión de la gran crisis de los años treinta. El cambio de marco exterior que significaba la crisis fue la coyuntura precipitante, pero los mismos *Estudios* insistían largamente –enfáticamente, a despecho de su sentencia provocadora– en las condiciones internas que hicieron posible el viraje hacia la industrialización, condiciones presentes en las semicolonias que el autor llamaba de tipo B, a las que pertenecía nuestro país. La cita que sigue corresponde a la conclusión de un cuadro clasificatorio hecho por los *Estudios*, donde se dan los rasgos definitorios de este tipo de semicolonia. (El crítico dice que los *Estudios* sólo hablan de determinaciones internacionales y para nada se ocupan de las condiciones internas, como el mercado interior. El lector va a tener muchas oportunidades de preguntarse al igual que este editor: ¿El crítico, al escribir su crítica, olvidó lo leído en el libro?).

Dicen los ‘Estudios’: “Se operan acumulaciones de capital por nacionales: banqueros y burguesía comercial, al lado del consumo improductivo de Estado y terratenientes. Mercado interno de relativa importancia [El producto de exportación, se ha dicho antes en el cuadro, es explotado por nacionales y ocupa a un sector importante de la población en la producción, el transporte y el comercio]. Economía en buena parte comercializada” –pp. 108-109. (El crítico, repetimos, dice que los ‘Estudios’ no consideran las condiciones internas. El crítico dice que los ‘Estudios’ explican el surgimiento de la industria ¡por la protección oficial!).

Otro tanto, en fin (permítasenos ilustrar la idea de los *Estudios* tomando un ejemplo contemporáneo), sucedió con las reformas neoliberales de la última década del siglo XX. Las aperturas en los países latinoamericanos no fueron precisamente el resultado de desarrollos socioeconómicos internos –por más que se piense, por ejemplo, en la terminación del proceso de desarrollo por sustitución de importaciones–, sino que esas aperturas sincronizadas obedecieron a un cambio en el marco internacional, a las políticas económicas agresivas de un capitalismo globalizador que se liberó de la preocupación por lo social ante el fracaso de la alternativa socialista. Bajo la consigna del Consenso de Washington, teorizada por economistas y debidamente acompañada de presiones financieras, comerciales y políticas, los países corrieron a abrirse como se mueven los regimientos a la voz de mando de su general. (Pero también aquí sería preciso moderar la frase provocadora y recordar que existían en el interior de Latinoamérica, aparte de los economistas y políticos deseosos de congraciarse con los centros internacionales de poder, importantes factores internos favorables a la liberalización, que no es el caso examinar aquí).

No es que los *Estudios* pretendieran que en el interior de los países subalternos no pasaba nada, como los pone a decir el crítico contra toda evidencia textual; no es que los *Estudios* ignoraran que cada país se plegaba a las determinaciones que le venían de afuera atendiendo las características propias y los modos de adaptación que le eran posibles, sino que el autor quería atacar esa psicología de aldea provinciana que se embebe en sus propias rutinas hasta que llega una oleada exterior –una oleada de “modernización”– y fractura esas rutinas o arrasa con todo. Eso de que no existía una historia nacional era, como decimos, una frase provocadora, aunque no tanto como las que leeremos en el discurso pronunciado por Kalmanovitz en la parte V de este artículo (en realidad, un discurso redactado por el Editor con extractos de los textos del crítico).

Dos tipos de semicolonias

La historia de Colombia, mejor dicho –para respetar la frase provocadora de los *Estudios*– la evolución de la sociedad colombiana es incomprensible fuera del marco mundial del capitalismo imperialista. (Recuérdese, reproducimos las ideas de los *Estudios*, de preferencia con el lenguaje de los *Estudios*). Durante el siglo que siguió a la independencia, los países latinoamericanos fueron semicolonias. (El crítico, repetimos, no acepta este concepto de semicolonias por la simple razón de que algún clásico del marxismo lo usó en otra manera). Además de por la independencia política (que los marxistas suelen llamar “formal” en estos casos), los *Estudios* caracterizaban la semicolonias por diversas formas de sometimiento económico: sus recursos naturales –minerías, plantaciones– eran explotados por extranjeros, rasgo principal de las semicolonias que el autor llamaba de tipo A; o sus productos primarios de exportación, a menudo agrícolas, eran explotados por nacionales, rasgo de las semicolonias de tipo B. En uno y otro tipo de semicolonias, se importaban manufacturas extranjeras, según las dimensiones del mercado, bien diferentes entre los tipos A y B (otra de las justificaciones para la clasificación en dos tipos). Estas esquematizaciones atendían a la siguiente preocupación: ¿en qué condiciones el régimen semicolonial regido por el librecambismo inglés permitía la acumulación de capitales en manos de nacionales y la extensión de la economía monetaria, o sea la formación de un mercado manufacturero de relativa importancia? Las semicolonias de tipo A eran las más raquíticas: allí, el producto que vinculaba al mercado internacional provenía de minas o plantaciones en manos de extranjeros, y las áreas de producción eran casi enclaves que poco incidían en el resto del país, que no propagaban la economía monetaria. Las semicolonias que el autor llamaba de tipo B eran aquellas donde las explotaciones que vinculaban al mercado mundial y aportaban ingresos en moneda extranjera estaban en manos de nacionales, dando ocupación a un sector importante de la población, permitiendo una acumulación originaria de capitales –preferentemente en los circuitos del transporte y el comercio– y propagando en amplias zonas la circulación monetaria. El mercado relativamente apreciable que así surgía era abastecido en parte, inicialmente, por artesanos locales, pero cada vez más por manufacturas extranjeras –piénsese en la apertura neoliberal, perdón, librecambista de mediados del siglo XIX que destruyó las industrias artesanales de Santander. Tenemos pues, para el caso de países como Colombia, una economía exportadora basada en un producto

agrario que ocupaba a mucha gente, que propagaba en el interior la economía monetaria, que permitía acumular capitales en manos de nacionales y que creaba un mercado interno para manufacturas. Todo esto iba a sentar las bases internas para que, con el tiempo, en determinadas coyunturas internacionales –Primera Guerra mundial, pero más decisivamente la gran crisis del capitalismo de los años treinta– tomara impulso un proceso de industrialización. Por falta de abastecimientos externos y/o fuerte caída de los ingresos por exportación que limitaban la capacidad de importar, los capitales acumulados en el transporte y el comercio girarían hacia la producción manufacturera aprovechando la existencia de un mercado interno y una protección de hecho creada por las circunstancias. (Todo lo dicho es largamente expuesto en capítulos enteros de los *Estudios*, y esquematizado en cuadros. El crítico –no nos cansamos de expresar nuestro asombro– va a decir que los *Estudios* explican el nacimiento de la industria por la protección estatal. Y lo más grave: va a describir estas mismas condiciones relacionadas con la acumulación de capitales, la formación de un mercado interior, la propagación de la economía monetaria en función de las exportaciones, va a describir, repetimos, todo eso como si fueran ideas suyas y como si de esa manera refutara los *Estudios*. Varias veces vamos a encontrar en el ensayo crítico esta práctica insólita. En verdad, creemos que el crítico, cómodamente, olvidó que las ideas en cuestión estaban en los *Estudios*, o sea, creemos que el procedimiento de criticar el libro con las propias ideas del libro no fue premeditado. Ni siquiera el malicioso Ulises hubiera tenido la ocurrencia de matar a un enemigo con un espejo).

Dicen los ‘Estudios’: “Del encuentro de un mercado nacional abandonado por la industria extranjera y de las acumulaciones de capital en manos de nacionales, parte de ellas momentáneamente ociosas, surgió la industria nacional, con base en el intercambio neocolonial de café por bienes de producción extranjeros” –p. 16.

Dice el crítico: “La protección, que ha servido a muchos, incluyendo a Arrubla, como la fórmula mágica que permite explicar la industrialización de 1930 en adelante, pasa a ser sólo un aliciente para un desarrollo capitalista que ya tiene demasiados antecedentes” –p. 83.

Reiteramos: el viraje de los años treinta es largamente explicado, esquematizado incluso en un cuadro por los *Estudios*, pero el crítico repite las ideas principales allí expuestas como si estuviera refutando el libro.

Dice Kalmanovitz: “En el caso colombiano, entonces, la industrialización está asociada con un proceso de acumulación originaria de capital, principalmente

en la esfera del comercio internacional, de la conformación de un mercado de trabajadores libres y de la unificación y ampliación de un mercado interior” –p. 83. (Reléase la citada página 16 de los ‘Estudios’. ¡Cuántas páginas más de los ‘Estudios’ giran en torno a la misma idea!).

Una vez aprovechada la coyuntura internacional y puesto en marcha el proceso industrializador, vendrá una legislación protectora de las industrias creadas. La destrucción de éstas habría significado un grave problema social, mayor aún que el creado recientemente por los aperturistas neoliberales. Aparte del hecho de que ya existía una burguesía industrial, joven pero pujante, el nuevo entorno nacional era propicio para que esa burguesía reclamara con éxito la protección del Estado.

La formación neocolonial

En base a la configuración interior relacionada con la dependencia semicolonial de tipo B, países como Colombia pasaron en los años treinta a vincularse al mercado mundial en nuevos términos, vale decir, a inscribirse de otra manera en la división internacional del trabajo. (El crítico desdeña estos fenómenos por pertenecer al campo de la “circulación”; marxistas ortodoxos como el crítico dicen que hay que empezar por las relaciones de producción –capitalista-obrero, terrateniente-aparccero, etcétera). (Otro paréntesis. Aparte de criticar el concepto de semicolonía de los Estudios, por no coincidir con el uso que de él hace algún autor “clásico”, el crítico desdeña con especial énfasis los términos de semicolonía de tipo A y de tipo B. Ante todo, ¿qué derecho tenía Arrubla de inventar clasificaciones con todo y nombre? Para el crítico, no había que diferenciar dos tipos de países subalternos, y así Colombia y Venezuela, o Colombia y las llamadas repúblicas bananeras, podían meterse en un mismo costal antes de los treinta). La vinculación de la Colombia semicolonial al mercado mundial había tenido por eje los siguientes intercambios: productos primarios de exportación por manufacturas de consumo extranjeras; después de emprendido el camino de la industrialización esos intercambios fueron cambiados esquemáticamente por los siguientes: productos primarios de exportación –principalmente un producto agrario– por bienes de producción extranjeros. Estos bienes de producción, requeridos para el funcionamiento de las nuevas industrias manufactureras, vinieron pues a integrarse al circuito de los cambios internacionales, y todo ello –el surgimiento de una industria manufacturera con necesidades de importar bienes de producción, mayormente bienes de

capital, para lo cual esa industria dependía de las divisas generadas por la agricultura de exportación— todo ello, decimos, va a definir para el autor de los *Estudios* la economía que él llama neocolonial. (El crítico desprecia la palabra neocolonial, siempre la entrecomilla, ello por no estar acreditada en el marxismo y por insinuar especificidades de forma extrañas a las concepciones de Marx y Lenin sobre los países que desarrollan tardíamente las relaciones de producción capitalistas. Estos países, cuando se industrializan con equipos importados, son llamados por los *Estudios* “neocoloniales” o simplemente “subdesarrollados”).

Colombia era pues una neocolonia. Conocía ahora un desarrollo manufacturero, crecían las ciudades al compás de éste, surgían ya en los cincuenta las haciendas capitalistas, fuese para abastecer las ciudades, fuese para la exportación. El autor de los *Estudios* acentúa los defectos estructurales de la economía bajo esos nuevos términos de dependencia, vale decir, lo que él considera las singulares deformidades del capitalismo neocolonial. (Esto de las deformidades, que los *Estudios* señalan por comparación con la “normalidad” de las fases iniciales del capitalismo europeo, es tal vez el término que más fastidia al crítico, como si se lo tomara personalmente). La formación neocolonial —pueden proponerse otros nombres— es el tipo específico del subdesarrollo colombiano, que el autor de los *Estudios* busca caracterizar a todo lo largo de su libro. Digamos algunas de esas características o deformaciones.

La maquinaria y los equipos de importación utilizados por la industria naciente van a gozar inevitablemente del nivel aproximado de tecnificación vigente en Occidente. Los telares importados, por ejemplo, no serán muy distintos de los usados por la gran industria manufacturera norteamericana. Lo mismo sucede con el equipo de transporte y todo lo demás. Esto va a implicar, de partida, una alta composición orgánica del capital en las industrias (para usar el concepto de Marx; la composición orgánica relaciona el capital llamado constante, correspondiente a los bienes de producción consumidos en el proceso de trabajo, y el capital variable, correspondiente a los salarios —variable, dice el marxismo, porque los trabajadores pagados con ese capital reproducen el valor correspondiente a los salarios y producen además un valor adicional o plusvalía). Con el argumento de la alta composición orgánica del capital, impuesta por el valor de los bienes de capital tecnológicamente avanzados asequibles en los mercados internacionales, los *Estudios* critican la “Operación Colombia” de Currie —injustamente, reconocerá el autor en la introducción del libro los *Estudios*— porque Currie pretendería que se

crearan industrias con una tecnología más baja que la ya vigente en el país y asequible en los mercados internacionales. (Permítasenos aquí un largo paréntesis. El autor de los *Estudios* entendió mal el pensamiento de Currie. Creyó que éste proponía reducir el nivel tecnológico, cuando en realidad lo que proponía era impulsar determinados sectores que tuvieran demanda potencial y donde rigieran niveles de tecnificación comparativamente bajos, o sea que permitieran ocupar mayor cantidad de trabajadores con una inversión dada. —Releyendo el texto de la “Operación Colombia” citado en los *Estudios*, debemos rectificar la anterior imputación a Arrubla. Arrubla, en su crítica de 1962, no es responsable de haber interpretado mal a Currie. La verdad es que Currie se expresó mal, o al menos de manera confusa, en la primera tosca edición de su “Operación Colombia”. Allí Currie escribió: “La actividad del hombre puede combinarse con el capital en gran variedad de formas. En realidad, a mayor cantidad de equipo mecanizado por trabajador, mayor el rendimiento de éste. Pero si éste no dispone de mucho de aquél, puede trabajar con menos equipo aunque disminuyendo la productividad” —subrayados nuestros—. Esa frase sobre el uso de menos equipo, o sea, sobre la disminución de la composición orgánica prevaleciente en determinadas ramas, difícilmente puede ser entendida como una propuesta para privilegiar ciertos sectores estratégicos o impulsores).

El alto grado inicial de tecnificación determinado por los bienes de capital —maquinaria y equipos importados— va a hacer que la industria manufacturera neocolonial cope rápidamente el mercado nacional existente (estrecho con relación a la productividad que permiten esos equipos —el crítico dice que los *Estudios* hablan de una estrechez absoluta del mercado, cosa que no dicen en ninguna parte y que antes contradicen en sus análisis: reléase la descripción de las semicolonias de tipo B en lo relativo al mercado interior). La industria así iniciada descompone aceleradamente al artesanado o lo pone a vegetar precariamente en los márgenes de la producción de manufacturas, con una productividad tan baja en términos comparativos que permite hablar a este respecto de subempleo. Lo que pasa en las ciudades ocurre prontamente en el campo: la hacienda capitalista genera un proceso acelerado de descomposición del campesinado, así como de acaparamiento de las mejores tierras por grandes terratenientes. Muchos de los campesinos desplazados por la competencia capitalista engrosarán la marginalidad urbana; otros, a falta de alternativas ocupacionales, permanecerán en el campo en minifundios y parcelas de subsistencia. En todos estos casos aumentará la desocupación abierta y, en números todavía mayores, el subempleo (fenómeno, este últi-

mo, que desdeña el crítico, poniendo comillas a la palabra; para hablar de subempleo no se necesitan estadísticas, basta salir a la calle).

Viene aquí un punto decisivo en la caracterización que el autor de los *Estudios* hace de la economía neocolonial colombiana. Es el siguiente. La manufactura y la agricultura en los países capitalistas dependientes “descomponen”, desplazan, muchos más, incomparablemente más artesanos y campesinos de los que pueden ser enganchados como asalariados. La economía capitalista daña a los sectores productivos precapitalistas sin ofrecer ninguna alternativa para una buena parte de los trabajadores desplazados, proletarizados. (Aquí, los *Estudios* fallan en señalar que la falta de un sector productor de bienes de capital implica la inexistencia de lo que podría ser un importante frente de empleo). El grado de esta proletarización, su monstruoso exceso en relación con la creación de puestos de trabajo asalariado, confiere al capitalismo dependiente uno de sus peores rasgos sociales, una de sus más importantes imperfecciones de estructura en relación con las economías “clásicas” de Occidente. Ello se manifiesta en la vasta marginalidad urbana y campesina, en las cifras de desempleo y subempleo (prescindimos resueltamente de las comillas que pone siempre el crítico a la palabra subempleo –seguramente, en esto seríamos apoyados por todos los colombianos). Digamos lo que está comprendido en el concepto de subempleo: artesanos y minifundistas que vegetan al borde de la miseria, batidos por la competencia capitalista pero aferrados a sus ocupaciones poco productivas, o sumados al sector de los servicios de más baja calificación. En los comienzos del capitalismo occidental, la descomposición de las áreas económicas precapitalistas iba a la par con la demanda de mano de obra por parte de la moderna producción capitalista, que absorbía a la casi totalidad de los desplazados. Los trabajadores arrancados a ocupaciones tradicionales de baja productividad o a actividades de subsistencia, convertidos ahora en proletarios asalariados, ampliaban directamente el mercado –como bien dicen Marx y Lenin. Pero esa visión no se aplica a un capitalismo dependiente como el colombiano, a las formaciones capitalistas llamadas subdesarrolladas, cuyos perfiles nunca imaginaron Marx ni Lenin. (Marx y Lenin eran tan clásicos como el capitalismo decimonónico que tenían en mente. Más admirable es el crítico, que se mantiene clásico en la segunda mitad del siglo XX). En los países subdesarrollados como Colombia el rápido proceso de descomposición de los productores tradicionales supera con mucho el ritmo de absorción de los desplazados, y así en Colombia el número de desempleados y subempleados asciende fácilmente a la mitad de la población. (El crítico, marxista-leninista

ortodoxo, dice que la descomposición de campesinos y artesanos crea, sin más, en nuestros países, el mercado interior. Es esta concepción clásicamente marxista la que permite al crítico negar fenómenos como la estrechez del mercado interior y el subempleo, y refutar entre argumentos y comillas a todos los teóricos de la dependencia. En relación con esta ortodoxia, véase página 96 del libro referenciado). De otro lado, como dice e insiste Currie y lo repiten los heterodoxos *Estudios*, esa vasta población desempleada o subempleada, que produce poco y demanda poco, es un raquíto mercado para la industria. La estrechez relativa del mercado sí existe, a pesar de las objeciones del crítico, y es llamada relativa en consideración a la masa de población sin capacidad de demanda efectiva y también al hecho de que la demanda nacional es poca ante la productividad de una industria altamente tecnificada. Esta industria puede ser llamada incluso supertecnificada en relación con el estrecho paisaje económico donde tiene asiento. De ahí que en pocas décadas adquiriera un carácter semimonopolista: tres o cuatro grandes empresas textiles bastan para cubrir la mayoría del mercado.

Resumamos en otro orden las características hasta aquí señaladas: una industria que importa bienes de capital de elevada tecnología, y que cubre rápidamente el mercado, adquiriendo un carácter semimonopolista. Una industria que para la importación de sus bienes de capital (luego diremos algo acerca de la sobreacentuación por los *Estudios* de los bienes de capital dentro del sector de bienes de producción) depende de los ingresos de divisas que genera una producción primaria, como es el café (este producto, durante décadas, representó en torno del ochenta por ciento de las exportaciones). Un proceso de desarrollo capitalista manufacturero y agrario que descompone al artesanado y al campesinado a un ritmo notablemente mayor al de su contratación en términos salariales. Una parte mayoritaria de la población –en torno al 50% después de los años setenta– desempleada o en ocupaciones de bajísima productividad. Un mercado estructuralmente estrecho, que no se amplía precisamente al ritmo de la población proletarizada (como pretende el crítico, siguiendo los análisis clásicos de Marx y Lenin).

Sobre el tema de la estrechez del mercado, negada por el crítico, el autor de los *Estudios* se quedó más bien corto. En efecto, dejó de analizar con el debido detenimiento el hecho de que la ausencia de un sector productor de bienes de capital incidía de dos maneras en la limitación estructural del mercado. La demanda de bienes de capital por parte del establecimiento industrial colombiano no se dirigía a la industria nacional –que no los producía– sino a la industria extranjera. (Esto lo dicen explícitamente los *Estudios*

en la formulación de la “primera característica estructural de la economía colombiana” –p. 128–, pero sin desarrollar el punto). La inexistencia de un sector productor de bienes de capital excluía las demandas normalmente hechas por esta rama al resto de los sectores productivos en el seno de una economía “clásica” –la exclusión de esas demandas era otro factor reductor del mercado. Finalmente, la ausencia del subsector productor de bienes de capital, que es la cabeza y el motor de una economía capitalista “clásica”, equivalía en el subdesarrollo a una vía cerrada para el empleo. (Todo esto, en términos esquemáticos. Quiere esto decir que cuando en los *Estudios* se analizaban los efectos de la inexistencia –definitoria del capitalismo subdesarrollado– de un subsector productor de bienes de capital, los análisis eran válidos en la medida de la inexistencia de tal sector, en la medida en que esa inexistencia era un hecho. No se debe olvidar esta observación. Tampoco se olvide que los *Estudios* analizaban la economía colombiana de los años sesenta, cuando los rasgos estructurales aquí referidos eran más acentuados).

Problemas de reproducción

Después de señalar los catastróficos efectos sociales del desarrollo del capitalismo en un marco de dependencia, a saber, el trágico desarraigo masivo de pequeños productores que pierden sus modos tradicionales de trabajo y no encuentran alternativas ocupacionales dentro del campo de la moderna economía, el autor de los *Estudios* pasa a estudiar los problemas estructurales propiamente económicos de ese capitalismo, o sea las condiciones que entraban el crecimiento en términos puramente capitalistas. El autor advierte que el hecho de que el capitalismo colombiano sea llamado subdesarrollado puede crear la falsa idea de que el desarrollo cabal es una cuestión de tiempo, o sea, que la economía es joven pero que se está desarrollando normalmente. (El crítico acusa al autor de dar un sentido cuantitativo al concepto de subdesarrollo, tema en el que abundaremos más adelante). El autor pasa a describir los fenómenos que excluyen “estructuralmente” un crecimiento al estilo clásico y, más aún, que comprometen el crecimiento y van a impedirlo a muy corto plazo –es la tesis de los *Estudios*, dictada en realidad por los deseos del autor. El capitalismo dependiente colombiano carecía, dentro del sector productor de bienes de producción, del subsector productor de bienes de capital –maquinaria y demás equipos–, o sea de la rama tecnológicamente más compleja. Los bienes de capital, en términos esquemáticos, debían ser impor-

tados (todo aquí, insistimos, son esquematismos simplificadores, aunque apoyados en hechos: Planeación decía en los sesenta que la mitad de la inversión industrial bruta fija correspondía a bienes de capital importados). Las divisas necesarias para esas importaciones provenían del sector primario –agricultura, minería. En este punto se traía a cuento el esquema de la reproducción simple del capital, para mostrar de manera también simple las condiciones de la reproducción del sistema. Siguiendo los esquemas utilizados por Marx en *El Capital*, la economía se dividía en dos sectores: un sector I productor de medios de producción (bienes de capital, materias primarias, productos intermedios); y un sector II productor de bienes de consumo. El aparato productivo, para reproducirse, necesita hacerlo en términos materiales, en términos de valores de uso –concepto distinto a valores de cambio, esos que se expresan en términos monetarios. El sistema reproduce sus elementos materiales de funcionamiento bajo las siguientes condiciones: el sector I debe producir bienes de producción que repongan los que él mismo requiere, más los medios de producción que requiere el sector II. Éste, por su parte, debe producir los bienes de consumo para sus propios capitalistas y obreros, y también para los capitalistas y obreros del sector I. En resumen, es necesario que se haga un intercambio entre los dos sectores por el cual el sector I suministre bienes de producción al sector II, y éste suministre bienes de consumo a aquél. Nada dentro del sistema impide que esos intercambios se produzcan, que haya bienes de producción para el funcionamiento de los dos sectores y que haya bienes de consumo para las personas que a cualquier título operan en los dos sectores. Para ilustrar esta viabilidad lógica en los términos más sencillos, repito, el autor utilizaba el esquema de la reproducción simple, sin crecimiento, diciendo a ese propósito que esa reproducción era teóricamente viable. (Un adelanto: el crítico va poner al autor a decir “empíricamente” donde éste usaba el adverbio contrario: “teóricamente”. Y va a afirmar que los análisis de los *Estudios* se reducían a la reproducción simple cuando todo el libro quería acentuar los obstáculos que el proceso de crecimiento industrial encontraba en las limitaciones de divisas, o sea, los problemas específicos que en el marco del subdesarrollo presenta la reproducción ampliada). En el mismo orden de ideas, el autor buscaba mostrar que la reproducción de una economía dependiente presentaba al análisis singulares problemas en el marco mismo de la reproducción sin crecimiento. Si recordamos la falta de un subsector productor de bienes de capital, definitoria del subdesarrollo o más específicamente de la forma de depen-

dencia que el autor llama “neocolonial”, los intercambios entre los sectores I y II no son en todos los puntos directos, no pueden realizarse por completo en el interior del sistema. El sector I no produce los bienes de capital que requieren tanto él mismo como el sector productor de bienes de consumo. El conjunto del sistema, para reproducirse, tiene que apelar a un tercer sector, el sector externo, ese lugar donde se cruzan las líneas del sector exportador y la economía extranjera avanzada. La desconexión sistémica factual y la interconexión que es preciso realizar entre los dos sectores industriales capitalistas, de un lado, y de otro el sector externo, especialmente el sector doméstico que produce para la exportación, la inédita e imprescindible triangulación de los intercambios reproductivos y, finalmente, los desequilibrios potenciales (inevitables, dice el autor) y las crisis probables (seguras y fatales para el sistema, agrega todavía el autor) implicadas en todo ello, constituyen el principal aporte teórico de los *Estudios*. Se supone allí que, a cambio de bienes de consumo, el sector I entrega al sector II bienes de producción distintos de los bienes de capital, o sea materias primas y productos intermedios, bienes estos últimos que el autor de los *Estudios* toma ciertamente en consideración —ya lo veremos—, pero sin darles el peso debido en el análisis —falla de los *Estudios* que el crítico critica, y que es la mejor crítica del crítico. Es el sector externo el que esquemáticamente va a suministrar los bienes de capital tanto para el sector I como para el sector II, y las importaciones se pagan con las divisas generadas por las exportaciones de productos primarios. La triangulación requerida en función de los valores de uso, en función de la utilidad material de los bienes cambiados, impone aquí, por la entrada en juego de ese tercer sector que es el externo, condiciones especiales en términos de los valores de cambio y de su expresión monetaria, concretamente, introduce la necesidad de ese medio de cambio extranjero que es el dólar (*Estudios*, p. 128). La reproducción de una economía “neocolonial” no depende de un cierto equilibrio en los intercambios internos entre los dos sectores capitalistas de la economía, sino que depende, de una manera parcial pero neurálgica, de una variable exógena, ajena al sistema industrial capitalista, que el sistema no controla pero que incide decisivamente en su funcionamiento. Las necesidades de importación deben ser cubiertas por los ingresos por exportación. Los ingresos por exportación dependen, no sólo de la capacidad de producción interna (y menos de las relaciones entre clases, calavera a la que tantos pelos le saca el crítico) sino de manera muy importante de las condiciones del mercado internacional.

La reproducción simple, que es teóricamente concebible en un sistema que funcione como una unidad orgánica —a la manera del estudiado por Marx—, no es absolutamente segura para un sistema dependiente: las necesidades de reponer simplemente los equipos gastados, o sea sin ampliación del aparato productivo, podrían eventualmente ser imposibles de financiar si por contingencias externas se hundieren los precios de los productos primarios de exportación. La eventualidad señalada, que ya en condiciones de reproducción simple puede ser concebida para una economía capitalista obligada a importar sus bienes de capital, es tanto más probable, y más dramática, en condiciones de reproducción ampliada, es decir, en un proceso de crecimiento. Hacia ello se dirigen todos los análisis de los *Estudios*. En la concepción del autor sobre el punto (bueno, o de la CEPAL), con el crecimiento crecen las necesidades de importar bienes de capital y por lo tanto la necesidad de que las exportaciones crezcan parecidamente en términos de ingresos de divisas. Los *Estudios* encuentran en este lugar la traba eventual más importante del mecanismo capitalista dependiente: el desajuste entre las necesidades de importar bienes de capital, de un lado, y de otro lado la capacidad efectiva de hacerlo. Fórmula repetida de los *Estudios* es aquella del desequilibrio, estructuralmente determinado, entre las necesidades de importación determinadas por el crecimiento y los ingresos de divisas generados por las exportaciones. El autor presenta los obstáculos ciertos y singulares que pueden derivarse de esa desconexión como una barra atravesada en los mecanismos del crecimiento (el crítico va a decir que el autor ¿no se ocupa de la reproducción ampliada, de los problemas del crecimiento!). De las dificultades del crecimiento, el autor va a deducir y a anunciar el envejecimiento prematuro, la obsolescencia histórica del capitalismo colombiano. El desequilibrio virtual observable en el marco de la reproducción simple del sistema, ya en el caso de un proceso de crecimiento, en el caso de una reproducción ampliada, se volvía real, crítico, y finalmente fatal para el sistema (que no se iba a desplomar solo, como dice el crítico que creía el autor; el autor había estado haciendo política porque pensaba que el sistema, aunque en crisis, tenía que ser derribado a través de la lucha revolucionaria). (Otro paréntesis. ¿A quién le importan hoy esas intimaciones que Kalmanovitz le hacía hace treinta años a Arrubla sobre la necesidad de la lucha política clasista? A nadie. Mejor dicho, sólo a este editor dolido por los adjetivos contundentes con que el crítico ratifica hoy su crítica).

III. UNA CRÍTICA JUSTA Y DOS ARGUMENTOS DISCUTIBLES

—¿Nombre?

—*David Martineau.*

—*Bien. Cualquier cosa que agregue puede ser usada en su contra.*

RAYMOND CHANDLER

Antes de entrar de lleno en el ingrato trabajo de las discusiones polémicas, hablemos de algunos puntos importantes, importantísimos, donde el crítico acertó, vale decir: donde no desvirtuó, donde no puso al autor a decir lo que no dijo, donde no lo acusó de no decir lo que dijo, donde no pretendió refutar usando las mismas ideas del autor, donde no dio cartilla doctrinaria, en fin, donde el crítico no se facilitó la tarea creando un fantasma hecho de humo para después soplar y llamar a eso refutación.

El crítico acertó en los siguientes puntos: a) cuando dijo que el capitalismo no se había desplomado ni estaba a punto de desplomarse —lo cual no era gracia; b) cuando dijo que el capitalismo no había dejado de crecer ni tenía impedido el crecimiento —la primera cláusula tampoco era gracia, la segunda tenía alguna gracia; y c) cuando señaló que la producción de materias primas y bienes intermedios era una importante vía para el crecimiento. Este último punto sí tenía mucha gracia. Puede que ello fuera más fácil de observar en los setenta de lo que había sido en los sesenta, pero era una observación que iba al blanco, que estaba bien argumentada y perfectamente articulada en el contexto de los temas debatidos. Finalmente, tenía la virtud de acompañarse de una crítica de los esquematismos simplificadores de los *Estudios* que contribuyeron —sólo eso: contribuyeron— a que el autor desdeñara las perspectivas de crecimiento por la vía de los bienes de producción distintos de los bienes de capital, o sea por la vía de las materias primas y los bienes intermedios.

El punto era de gran importancia práctica porque mostraba un claro en el horizonte del capitalismo, mientras que los *Estudios* decían que ese horizonte estaba cerrado. Pero Kalmanovitz empañó la limpieza de su crítica porque no se limitó a mostrar, contra los oscuros pronósticos de los *Estudios*, el despeje que él veía, sino que atribuyó al libro definiciones que no hacía, ello con el fin de mostrar que el autor no sólo fallaba en sus análisis sino también en los conceptos, que el autor no sólo se equivocaba en el análisis de los fenómenos sino también en los instrumentos conceptuales que utilizaba. Vale decir, que el autor fallaba por todos lados. Los *Estudios*, en sus desarrollos analíticos, se centraban, por lo que al sector I se refiere, en

los bienes de capital, desdeñando otros bienes de producción, pero no era verdad que su definición de los bienes de producción excluyera las materias primas y los bienes intermedios.

Dice Kalmanovitz: “Todavía en el plano de la definición de categorías, Arrubla hace una abstracción ilícita, al considerar que el capital constante está conformado exclusivamente por el capital fijo, dejando por fuera el capital circulante que cubre ‘materias primas y auxiliares, artículos a medio fabricar’ ” -p. 87. (Subrayado del Editor).

Pero los ‘Estudios’ dicen: “La dependencia neocolonial colombiana se levanta sobre la base de un intercambio de bienes de producción extranjeros por un producto agrícola alimenticio: el café. En lo interno tiene su espina dorsal en una industria liviana que debe realizar sus productos en el mercado interno y en moneda nacional para, dando un rodeo, cambiar la parte de esta moneda que representa el valor de su capital constante –máquinas y equipos, ciertas materias primas y productos intermedios– por los dólares provenientes del café, y entonces sí proceder a realizar sus compras de bienes de producción a la industria extranjera” -p. 124. (Subrayados del Editor).

De nuevo los ‘Estudios’: “..veremos que en una economía neocolonial el desarrollo reviste la figura de un proceso de sustitución de importaciones: a partir de una producción que cubre progresivamente el mercado de bienes de consumo, la industria comienza a ganar, por la fuerza de la dura necesidad, ciertos renglones del sector primero: materias primas, productos intermedios, algunos equipos, para alcanzar su punto culminante cuando sólo tiene ante sí, como el muro que condensa su impotencia histórica, el sector pesado productor de bienes de capital” -p. 127. (Subrayado del Editor).

Lo que en realidad hace el autor de los *Estudios* es acentuar los bienes de capital en razón de los efectos estructurantes de su ausencia, o sea, precisamente por aquello que el crítico se niega a reconocer: las consecuencias que se desprenden de la carencia de un sector productor de bienes de capital en cuanto a la constitución de una forma específica de estructura capitalista. Y el autor del libro acentúa la función determinante de esa ausencia hasta el punto de que (indebidamente) menosprecia cualquier desarrollo por el lado de la producción de materias primas y productos intermedios. Esa es la expresión correcta: menosprecia el papel de estos bienes como vías de un crecimiento continuado.

Dicen los ‘Estudios’: “...el ascenso de otros renglones industriales que elaboran productos intermedios [aquí este concepto engloba tanto los bienes intermedios en el sentido estrecho del término como las materias primas], dentro del

proceso de sustitución de importaciones, y la caída relativa de los productos de consumo corriente dentro de la estructura de la producción industrial, no van a modificar en nada el carácter neocolonial de nuestra industria si se recuerda que las sustituciones correspondientes se ven ampliamente compensadas por un aumento correlativo de las necesidades de importar maquinaria, equipos de transporte... (...) Todo aumento de la producción nacional de bienes intermedios va a reflejarse en un simple cambio estructural de las importaciones: los bienes de capital que deben ser importados compensan ampliamente toda sustitución” –p. 132. (Subrayados del Editor).

Queremos aprovechar este tema para mostrar cómo la desmesura en la polémica puede privar de importantes armas al propio polemista. Kalmanovitz decía que el autor de los *Estudios* desdeñó las perspectivas de crecimiento porque no tuvo debidamente en cuenta la producción de materias primas y bienes intermedios. Crítica perfecta. Pero no se detuvo ahí, sino que, para liquidar de modo simbólico al autor, sostuvo que éste se había equivocado en la definición de las categorías reduciendo el sector I, productor de bienes producción, a la sola producción de bienes de capital. Ello es completamente falso, como puede verse en los textos de los *Estudios* que acabamos de reproducir. Si el crítico se hubiera abstenido de acusar al autor de esa mala definición, podría haberse planteado un problema interesante. ¿Por qué el autor, en el proceso de sus análisis, prácticamente dejó de tener en cuenta las materias primas y los productos intermedios como vías de crecimiento? A partir de esta pregunta, el crítico tal vez habría encontrado la respuesta acertada, cosa que hubiera hecho su análisis, al menos en este punto, por completo eficiente, sólido y contundente. Lo que habría tal vez encontrado es lo siguiente: que el autor de los *Estudios* desdeñó esa vía de crecimiento porque estaba tan centrado en la dependencia derivada de la falta de un sector productor de bienes de capital que sólo le importaban éstos, inclinándose por ello a desdeñar cualquier desarrollo que, a su parecer, no modificara esa dependencia. Al autor sólo le importaba la dependencia, y menospreciaba la producción de materias primas y bienes intermedios por pensar que esa producción iba a determinar la necesidad de importar nuevos bienes de capital, cosa que acentuaría más bien la estructura de la dependencia tal como era definida por él. De ahí que, en sus análisis, los *Estudios* descuidaran el papel que podían jugar en el crecimiento las materias primas y los bienes intermedios, y ese descuido iba hasta el punto de que en ciertos apartes del libro parece como si los bienes de producción se redujeran a los bienes de capital. Si los mismos conceptos resultaban desdibujados, en mayor grado

resultaba dañada la visión de los fenómenos. Dado que para el autor de los *Estudios* lo único que contaba era una estructura de dependencia derivada de la necesidad de importar los bienes de capital utilizados por la industria, el desarrollo de cualquier otra rama de producción apenas merecía su atención y era despachado (desdeñado) en pocos párrafos. Allí donde los *Estudios* consideraban esa vía, era para incluirla en el marco de un proceso de sustitución de importaciones llamado a agotarse en poco tiempo. O sea, la “insignificancia” estructural de esas vías de desarrollo llevaba al autor, sin ningún rigor lógico, a pronosticarles una corta vida. La crisis del sistema no podía atenuarse mucho tiempo por ese lado, la revolución socialista mantenía sus bases “objetivas” en las limitaciones estructurales del sistema y seguía estando muy cerca, a la vuelta de la década. Eso es probablemente lo que habría encontrado el crítico si hubiera sofrenado sus ímpetus polemistas y su deseo de batir al autor en todos los terrenos: no sólo en el análisis de los fenómenos sino también en el conocimiento de las conceptos.

Dicen los ‘Estudios’: “El desarrollo de estas industrias productoras de bienes de producción (productos intermedios y ciertos bienes de capital) operando en condiciones neocoloniales, es decir, sin el desarrollo paralelo de una industria pesada, significa un acrecentamiento de la demanda de bienes de capital extranjeros y, en un sentido más profundo, el reforzamiento de la dependencia. A las demandas de bienes de capital extranjeros por parte de la industria liviana se suma entonces, en efecto, la demanda de esos mismos bienes por parte de las industrias que elaboran productos intermedios y de las industrias semipesadas. Si la industria liviana puede dejar de importar ciertos bienes de producción distintos de los bienes de capital, esta sustitución de importaciones resulta compensada por el surgimiento de una nueva demanda de bienes de capital por parte de las industrias productoras de bienes de producción que permitieron tal sustitución” –p. 185. (Subrayados del Editor).

Dicen todavía los ‘Estudios’: “Este desarrollo [del capitalismo subdesarrollado] adquiere la figura de un proceso de sustitución de importaciones que comienza por reemplazar aquellos artículos cuya elaboración presenta menores exigencias técnicas y de inversión (inicialmente bienes de consumo y materias primas, posteriormente ciertas materias primas y bienes intermedios, e inclusive, en las etapas finales, algunos bienes de capital) y sólo concluye cuando no tiene ante sí más que los bienes de capital, centro de todas las imposibilidades históricas del régimen neocolonial” –p. 148.

De hecho, el crítico tenía razón. El capitalismo colombiano podía crecer. Su crecimiento por la vía de las materias primas y los productos intermedios,

vale decir, en función de la demanda de las industrias capitalistas, determinaba una ampliación de la base industrial que podía incluso servir de base para la producción de ciertos bienes de capital. La escasez de divisas no era el límite infranqueable que los *Estudios* fijaban al desarrollo. El crítico negaba, con razón, que la escasez de divisas fuera el límite infranqueable señalado por los *Estudios*. Pero el crítico agregaba a continuación argumentos que comprometían la solidez de su crítica. Y era que pasaba a sostener que la escasez de divisas, que él ya había dicho que no era tan determinante, se subsanaba con una probable mejora de los términos de intercambio y con la inversión extranjera que ya fluía y que seguiría afluyendo masivamente. La mejora de los términos de intercambio era facilitada por la asociación de la burguesía extranjera y la burguesía nacional, asociación que confería a ésta mayor capacidad de negociación (p. 106). En cuanto a la salvadora inversión extranjera, ésta no necesitaba de mayores demostraciones factuales puesto que ya había quedado establecida por Lenin en su definición del imperialismo moderno como un sistema fundado en la exportación de capitales.

Mejora de los términos de intercambio

En nuestra opinión, repetimos, la crítica habría sido más sólida si el crítico hubiera dejado las cosas en el punto de las materias primas y los bienes intermedios, o sea, si se hubiera atenido a la buena razón de que la escasez de divisas no estrangulaba de por sí el crecimiento capitalista y que esa escasez, por el contrario, tal vez podría propiciar un proceso substitutivo de las importaciones de muchos bienes de producción, sobre todo de aquellos cuya producción interior implicara en escasa medida el uso de bienes de capital extranjeros. Esa crítica habría bastado como refutación de la visión apocalíptica de los *Estudios*. No había pues necesidad de que el crítico abundara en su refutación presentando soluciones dudosas al problema de la escasez de divisas ya solventado por su análisis.

El crítico, en efecto, pasaba a decir que los términos de intercambio, antes que tender al deterioro, podían mejorar para los países exportadores de productos primarios. En tal sentido, aportaba varias observaciones. La metodología de la ONU que mostraba una tendencia al deterioro de los términos de intercambio estaría equivocada. Los índices de Morgan y de Reuthers mostraban, al contrario, una recuperación desde 1950. El *Financial Times* observaba que los precios de los bienes primarios habían tenido un gran incremento desde 1970. Las condiciones para la colocación del

café habían venido mejorando desde mediados de siglo. (Ver todo ello en páginas 92 y 93). En resumen, no existiría ninguna tendencia al deterioro de los términos de intercambio para los bienes primarios, sino que, como puede deducirse de los hechos mencionados por el crítico, existirían más bien pruebas importantes en favor de un mejoramiento de esos términos y, por lo tanto, en favor de un aumento futuro de las divisas generadas por las exportaciones. Un argumento fuerte del crítico a este propósito era, como dijimos, la asociación de la burguesía imperialista con la nacional —el punto más reiterado, el punto esencial de sus concepciones político-económicas— que permitiría al país conseguir mejores precios para sus exportaciones (p. 106). Esas argumentaciones eran, por lo menos, dudosas. A ellas podría responderse que las condiciones de la demanda en el comercio internacional tienden a favorecer a los productos de tecnología compleja exportados por los países avanzados en comparación con los productos primarios y los productos manufacturados más corrientes sobreofrecidos por todo un mundo subdesarrollado tendencialmente inclinado a la exportación de tales productos. Las corrientes globalizadoras impulsadas en los últimos veinte años por las políticas neoliberales han acentuado este fenómeno. Digamos, por tanto, que incluso si se ponen reparos, como hace el crítico, a la afirmación de una tendencia al deterioro de los términos de intercambio en disfavor de los países en desarrollo y los atrasados, argumentos mucho más serios pueden oponerse a la afirmación de una tendencia a su mejoramiento. Si el autor de los *Estudios* hablaba de la tendencia al deterioro de los términos de intercambio y encontraba allí una de las razones de la escasez de divisas, el crítico no hizo ninguna crítica contundente al aportar datos en favor de una probable evolución en sentido contrario: hacia el mejoramiento de los términos de intercambio.

La inversión extranjera

En cuanto a la otra solución a la escasez de divisas apuntada por el crítico, vale decir, la afluencia de capitales extranjeros para inversiones directas con vistas a la explotación del proletariado doméstico (tesis fuerte del crítico), digamos que era una solución crudamente doctrinaria. La prueba contundente que aportaba el crítico era la cita (p. 107) de la definición hecha por Lenin del imperialismo: “Lo que caracteriza al viejo capitalismo, en el cual dominaba plenamente la competencia, era la exportación de mercancías. Lo que caracteriza al capitalismo moderno es la exportación

de capital”. (Una nota antes de seguir: Lenin, como acaba de leerse, habla de un viejo capitalismo exportador de mercancías; el crítico pone en duda que pueda “hablarse de una etapa previa fundamentada en la ‘explotación’ comercial” –p. 112–. Por refutar a Arrubla, Kalmanovitz comete un pecado de lesa majestad: ¡contradecir nada menos que a Lenin! ¡Y a Marx! –léanse los artículos de éste sobre las primeras fases de la dominación británica en la India). El autor de los *Estudios*, en breves menciones, cuya validez factual y, más aún, cuyo rigor analítico pueden ser debatibles, descarta esa solución diciendo que son más las divisas que los capitalistas extranjeros sacan que las que invierten. Aquí, el crítico hace lo que este editor considera una justa e inteligente observación: podría importar menos el balance de las divisas ingresadas y egresadas que la ampliación del aparato económico inducida por las inversiones extranjeras directas. Lo cuestionable de la solución relativa a la inversión extranjera es que, en concordancia con su cruda inspiración doctrinaria, resulta tan gratuita como la afirmación de los *Estudios* sobre el cierre del crecimiento. Para el crítico, a los países dependientes (oprimidos, diría el crítico: Lenin sí usa esta palabra) no les van a faltar divisas porque están llamados a favorecerse con las inversiones de los países imperialistas, obligados, por la saturación en las metrópolis, a exportar capitales. Para el crítico —y esta idea la repite y enfatiza muchas veces— lo que rige y regirá cada vez más en países como Colombia es la explotación compartida, al alimón, en llave, de nuestro proletariado por la burguesía nacional y los inversionistas extranjeros. (“No existe, entonces, una explotación nacional como está insinuado en las teorías de la dependencia y en la visión de Arrubla sobre la ‘neocolonia’, sino una explotación compartida y negociada entre las burguesías nacional e imperialista sobre el proletariado latinoamericano” –p. 106). Según la sentencia de Lenin, el capital monopolista extranjero afluye y seguirá afluyendo a las áreas tercermundistas. ¿Cómo pueden escasear así las divisas? Es tal la seguridad doctrinaria del crítico sobre este punto que, a quienes afirman que los inversionistas extranjeros sacan más divisas de las que traen, les dice que deben probar, contra Lenin, que los países avanzados necesitan importar capital más bien que exportarlo. A los países “maduros”, dice el crítico siguiendo a Lenin, no les falta capital sino que les sobra y tienen que exportarlo, de donde se infiere que los países dominados tienen que recibir más capital del que sale; si así no fuera, harían de exportadores de capital, lo que es absurdo, pues contradeciría la (peregrina) idea de Lenin de que los países maduros sufren un hartazgo, una peligrosa indigestión de capitales.

Dice el crítico: “Lenin ha hablado de una tendencia a la sobreproducción de capital en los países maduros. Los nuevos teóricos [como el autor de los ‘Estudios’] deberán probar que, en efecto, esta tendencia se invirtió: que estos países sufren de una “sub-producción” de capital que hace necesario importarlo de sus países dominados” –p. 108, nota 59. (Subrayado del crítico).

La perspectiva apuntada por el crítico no parece que se haya cumplido. La sentencia de Lenin no es una prueba; salvo en asuntos de dogma, quien formula un principio tiene que probarlo, y sólo después de probarlo puede exigir a los discrepantes que prueben lo contrario. ¿Puede en realidad decirse que la burguesía monopolista extranjera ha sentado plaza en Colombia para explotar nuestro proletariado en sociedad con la burguesía nacional? Alguien podría pensar que tal vez el crítico, aunque en punto al capital extranjero habla siempre de la explotación del proletariado por la asociación de las dos burguesías, no está pensando sólomente en la inversión extranjera directa sino también en el capital financiero, ese que entra en calidad de préstamos o con fines especulativos. En tal caso, nos atreveríamos a decir que eso perjudicaría su causa antes que favorecerla. Por ejemplo Stiglitz, con vasta experiencia en el tema, no se hace ilusiones sobre los beneficios de la inversión financiera en los países subdesarrollados; tampoco Krugman, a despecho de sus inclinaciones liberacionistas; ni siquiera el Fondo, que últimamente ha llegado a poner en duda las ventajas de la libertad de capitales para los países en desarrollo.

La afluencia de capitales extranjeros, ya sea en términos de inversión directa o en términos de inversión financiera, no parece ser solución para la escasez de divisas, escasez que, por otra parte, repetimos, el crítico ha demostrado acertadamente que no tiene el carácter decisivo que le atribuyen los *Estudios*. La inversión extranjera no es tan voluminosa ni tan provechosa como el crítico lo afirmaba –pensamos, por ejemplo, a este último respecto, en las privatizaciones neoliberales en Argentina y muchos otros países. Por otra parte, no es nada aventurado decir que los capitales financieros que entran como créditos o con fines especulativos representan más un desangre que un aporte de divisas para los países en desarrollo.

Recusamos al crítico por doctrinario, es decir, por querer zanjar una discusión dando como argumento las tesis de un “clásico” del marxismo. Y repetimos: después de decir acertadamente que la escasez de divisas no bloqueaba el crecimiento, el crítico no tenía necesidad de aportar argumentos dudosos contra la eventualidad de esa escasez. Debió haberse atendido al

pasaje citado de Raymond Chandler, limitándose a decir: David Martineau, sin agregar nada que pudiera comprometerlo.

IV. MARGINALIA (1)

En esta parte vamos a examinar tres temas importantes de los *Estudios* que el ensayo “A propósito de Arrubla” toma por blanco de sus críticas. Ellos son: la estrechez estructural del mercado interior, el concepto de subdesarrollo, y las condiciones de la reproducción simple y ampliada del capital en los países subdesarrollados o dependientes (en los países dominados u oprimidos, aceptaría que se dijera el crítico).

El mercado interior

Uno de los rasgos más importantes del subdesarrollo, tal como lo concibe y lo define el autor de los *Estudios*, es la estrechez del mercado. Ella depende del surgimiento histórico de un establecimiento industrial que presenta, de partida, un alto nivel tecnológico, y que rápidamente copa la demanda interior de manufacturas de consumo corriente, adquiriendo un carácter semimonopolista. El mercado que ese establecimiento industrial satisface no es al comienzo otro que el abierto por la economía de exportación, mercado atendido por la industria manufacturera extranjera hasta la gran crisis de los treinta –ello dicho de manera esquemática. Como señalan los *Estudios*, bajo el régimen semicolonial que predominó en Colombia hasta aquella crisis (semicolonia llamada por el autor de tipo B: producción de exportación en manos de nacionales que ocupa a un sector importante de la población) “se operan acumulaciones de capital por nacionales... [hay] un mercado de relativa importancia... una economía en buena parte comercializada” (p. 109 –tema desarrollado en muchas otras páginas de los *Estudios*). Ello no impide al crítico decir: “Arrubla encuentra un mercado interior estrecho en términos absolutos... Habla incluso de un cierre ‘estructural del mercado’. Esta concepción del mercado interior se parece más a la versión burguesa lineal que a la desarrollada por la dialéctica materialista” (p. 94). Lo de la estrechez absoluta del mercado, como se ha visto, no lo afirman los *Estudios* sino que antes lo contradicen (en la página 109 se habla de un “mercado de relativa importancia”); lo de la estrechez estructural del mercado es otro tema. Ante todo, no entendemos el “incluso” de la última frase del crítico que hemos citado. Es como si el crítico pensara que es más

grave una estrechez estructural del mercado que un cierre absoluto. Pero el cierre estructural del mercado contemplado en los *Estudios* no niega que exista un mercado, ese que los *Estudios* afirman que fue abierto por las exportaciones. El concepto de cierre estructural es relativo, es decir, tiene que ver con una estructura –la del subdesarrollo– que deja al margen de la producción capitalista a amplios sectores de la población. Esa vasta población no hace mercado. (Léase a Currie). El sector productor de bienes de capital, motor del desarrollo en los países avanzados, importante fuente de empleo, importante mercado para otras ramas productivas, ese sector, decimos, al faltar en la estructura del subdesarrollo, apunta a un motivo más de cierre estructural del mercado. Por estrechez estructural del mercado nos referimos entonces a características propias de la estructura del subdesarrollo que señalan la inexistencia de piezas que normalmente componen el mercado en una economía capitalista “clásica”, no deformada.

Pero lo que es más significativo en cuanto a la negación que hace el crítico de la estrechez estructural del mercado es su concepción de la descomposición de las formas precapitalistas como proceso creador de mercado. Aquí el crítico se apoya en Lenin –también pudo haberse apoyado en Marx. Lenin, dice el crítico, señala el siguiente hecho fundamental: “El apartamiento [sic] del productor directo de [sic] los medios de producción, es decir, su expropiación, que marca el paso de la producción mercantil simple a la capitalista (y que es condición necesaria para ese paso) crea el mercado interior pues se alimenta de la demanda antes inexistente tanto de medios de producción como de medios de subsistencia” (pp. 95-6). “La descomposición de modos de producción precapitalistas, en la presente etapa del desarrollo colombiano, sienta condiciones extremadamente favorables para acelerar este desarrollo...” –p. 96.

Aquí, el crítico pudo haber repetido la frase de Marx de que los países avanzados son un espejo del futuro de los países menos desarrollados (digamos, en favor de Marx, que éste no tenía en mente países que adelantaran un proceso de industrialización con maquinaria extranjera altamente tecnificada, adquirida a cambio de productos primarios). Para el crítico, los países subdesarrollados o dependientes no constituyen un tipo sui generis de economía capitalista, sino que son países capitalistas jóvenes que, con el tiempo, se desarrollarán normalmente (nada de deformidades). La descomposición de las formas precapitalistas sería, en el “subdesarrollo” (comillas en atención al crítico), creadora de mercado, lo mismo que lo fue en la historia de los países avanzados. Los *Estudios*,

por el contrario, dicen que los rasgos proporcionados que mostrara en su juventud el capitalismo “clásico” estudiado por Marx son rasgos que no van a verse en el “desarrollo del subdesarrollo”, que no van a volver a repetirse.

Dicen los ‘Estudios’: “Como observa Marx, en esa época clásica el capital variable (el capital invertido en fuerza de trabajo) predominaba considerablemente sobre el capital constante (el capital invertido en equipo, instalaciones, materias primas, etc.), por lo que la demanda de trabajo asalariado crecía rápidamente con cada acumulación de capital; y en el momento histórico inicial, antes de que la descomposición del campesinado cobrara mayor auge, el bajo nivel de la técnica y la poca mano de obra disponible hacían que la demanda de fuerza de trabajo fuera seguida lentamente por la oferta. [Lo que sigue es una cita textual de Marx hecha por los ‘Estudios’] ‘La burguesía, que va ascendiendo pero que aún no ha triunfado del todo, necesita y emplea todavía el poder del Estado para ‘regular’ los salarios...’” –p. 41.

Este punto polémico no hay necesidad de llevarlo más lejos. La cita de Marx tal vez sirva para hacer vacilar al crítico. (Marx incluso observa que en esa fase las autoridades amenazaban con mutilaciones a los desocupados renuentes a aceptar empleos en la industria. Todo el mundo sabe, “aunque no sepa sino eso”, que en Colombia no ha habido necesidad de castigar a nadie por negarse a aceptar un empleo). La industrialización capitalista en Colombia arrancó con un alto nivel de composición del capital; la de los países hoy avanzados comenzó con una baja composición. El capitalismo clásico necesitaba al principio muchos más trabajadores de los que la descomposición del campesinado le brindaba. El capitalismo colombiano descompone productores campesinos de manera especialmente acelerada –véase la tasa de crecimiento de nuestra población urbana después de los treinta–, y ocupa a una parte relativamente reducida de ellos. Ya a comienzos de los sesenta (después de sólo treinta años de desarrollo industrial capitalista), Carlos Lleras, aterrado por el carácter explosivo del desempleo urbano, proponía una reforma agraria que ayudara a mantener a los campesinos en el campo. Currie, en el mismo momento, proponía su “Operación Colombia” para impulsar sectores estratégicos como la construcción que, a semejanza de las industrias de los tiempos clásicos referidos por Marx, tuvieran bajos niveles de tecnificación y ocuparan amplios contingentes de fuerza de trabajo, porque también él, Currie, pensaba que el país tenía –¡ya entonces!– un problema explosivo de desempleo y subempleo. (En consideración a Currie, si no al autor de los *Estudios*, prescindimos aquí con especial gusto de las comillas que Kalmanovitz

le pone siempre al término subempleo). Para Currie, esa vasta población con bajísimos niveles de productividad denotaba el angosto espacio de la producción capitalista y determinaba parejamente una estrechez del mercado. Esa vasta población improductiva no era mercado, luego el mercado era estrecho (con relación a la fuerza de trabajo disponible –esta idea nunca la entiende el crítico). Kalmanovitz, diez años después de las propuestas de reforma agraria por Lleras y de “Operación Colombia” por Currie, criticaba al autor de los *Estudios* (y por ahí derecho a todos los “teóricos de la dependencia”) por hablar de una estrechez estructural del mercado. Su análisis, como hemos visto, se apoyaba en el párrafo transcrito arriba de Lenin, que asimila la descomposición de formas precapitalistas con la creación pura y simple de mercado, concepción “clásica” del marxismo-leninismo que el crítico extendía tranquilamente a la poco clásica Colombia o Latinoamérica.

El subdesarrollo

Vamos con el título del libro: *Estudios* sobre el subdesarrollo colombiano, que es tal vez por donde debimos haber empezado esta parte. El autor utilizaba el término “subdesarrollo”, pero también lo criticaba porque no hacía referencia a especificidades –mejor, deformidades– sino sólo, con aparente inocencia, a un menor grado de desarrollo. Ese término no era, sin embargo, más equívoco que el término “países en desarrollo”, usado hoy por economistas e instituciones internacionales para el caso de los países latinoamericanos que poco o ningún desarrollo muestran en los últimos veinticinco años, después de la “la década perdida” de los ochenta y la burbuja neoliberal de los noventa.

Dice Kalmanovitz: “La categoría ‘subdesarrollo’ tiene graves fallas de contenido, que la hacen una categoría especialmente oscurantista. Por un lado es una categoría negativa pues explica el no desarrollo del capitalismo, sin referirse específicamente a las relaciones de producción... Por otro lado, se trata de una categoría comparativa, donde el objeto (país) comparado es afectado en su misma esencia por el objeto con el cual se compara. Así, son dejadas de lado las leyes internas que rigen el funcionamiento de la economía objeto; en su lugar, se toman manifestaciones a nivel fenomenal, en la forma de indicadores que no van a explicar la dinámica interna, sino a ser comparados con los indicadores de otra economía, lo cual conduce a conclusiones sobre el primer objeto país. En suma, la categoría del subdesarrollo pertenece a la estática comparativa y es extraña al materialismo histórico” –p. 116.

Dicen los ‘Estudios’: “Es necesario insistir en la ambigüedad del término ‘subdesarrollo’. ...[quienes lo usan] quieren dar a entender con este término que las limitaciones de nuestros países son de orden cuantitativo y que lo que viene enseguida –simple problema de tiempo– es el desarrollo del capitalismo. Pero si la palabra subdesarrollo puede servir para algo más que crear mistificaciones, en América Latina no puede designar más que hechos cualitativos y estructurales: países capitalistas cuya industria se ve reducida al solo sector segundo productor de bienes de consumo inmediato, dependientes del imperialismo...” –p. 86. (Aquí el autor de los ‘Estudios’, como se observa, ya dejó de mencionar las materias primas y los productos intermedios, falla que señala bien el crítico y a la que hacemos referencia en otra parte).

De la cita de Kalmanovitz se infiere que éste critica los *Estudios* por el uso que hacen del concepto de subdesarrollo, concepto que para el crítico es una categoría comparativa, vale decir, que compara los indicadores de una economía, como el “ingreso per cápita”, con los indicadores de otra, dejando de lado las leyes internas que rigen a cada una de las economías comparadas.

Este editor no tiene escrúpulos para hablar de “países en desarrollo”, como antes el autor de los *Estudios* hablaba de subdesarrollo. Es el uso que se ha impuesto. Nos basta con dejar sentadas nuestras reservas sobre ciertas connotaciones inherentes a la literalidad de la palabra. Y en todo caso, no vamos a construir una crítica contra nadie porque use el término “países en desarrollo”. (Tampoco criticaríamos a un psicólogo porque hablara de “niños especiales” en lugar de niños con problemas de retardo mental. Los científicos sociales y las instituciones de nuestra época, como los conservadores republicanos, son muy compasivos en las palabras. No nos extrañemos si dentro de diez años nos llaman “países especiales”). La cita de los *Estudios* que acabamos de hacer salva al libro de la grave falla conceptual que, contra las evidencias ampliamente contenidas en sus páginas, le atribuye el crítico. El crítico critica en el texto citado el concepto de subdesarrollo porque no haría más que comparar indicadores económicos, esencialmente cuantitativos, en lugar de señalar las leyes internas que rigen las economías comparadas, vale decir, en lugar de subrayar las diferencias de forma. Pero resulta que los *Estudios* advierten contra el término por la misma razón. Más aún, el autor de los *Estudios* en parte usó el término “neocolonia” para solventar los equívocos de “subdesarrollo”. Con el concepto de neocolonia, en efecto, el autor designaba las características estructurales internas vinculadas con un cierto tipo de inscripción subalterna en la división internacional del trabajo, características que el término “subdesarrollo” más bien opacaba que poner de relieve. Ello, como vemos, no le

impidió al crítico “refutar” los *Estudios* acusándolos de concebir el subdesarrollo colombiano en términos de índices cuantitativos, en términos de un grado menor de desarrollo. (Concepción que era más bien la del crítico, si se piensa en su cita de Lenin sobre la descomposición de las formas precapitalistas y la formación del mercado; bueno, y también si se piensa en su rechazo a las especificidades de forma del capitalismo dependiente).

Resumiendo: en el párrafo citado del ensayo “A propósito de Arrubla”, los *Estudios* son criticados por usar el término subdesarrollo, que “ignora las leyes internas que rigen el funcionamiento de la economía objeto”; pero resulta que los *Estudios* afirman explícitamente la especificidad de esa “economía objeto”, y que el mismo crítico, en la concepción que domina su ensayo, considera y condena el señalamiento de esa especificidad como el principal error de los teóricos de la dependencia. (¡Qué embrollo lógico, eh?) Asombra –de nuevo lo decimos– que el crítico refute una idea repitiendo la misma idea, repitiéndola además en este caso con términos confusos, con “objetos” teorizantes innecesarios, y, lo peor de todo, de manera contradictoria con la concepción más general de su propio ensayo.

[Interpolación posterior a la terminación de este artículo. –La sección que acabamos de consagrar al concepto de subdesarrollo la dejamos sin cambios a pesar de que fue escrita sobre bases equivocadas. Después de prestarle más atención a la crítica de Kalmanovitz sobre el tema, descubrimos que esa crítica no está en contradicción con la concepción general que domina el artículo. Se trata simplemente de un párrafo muy mal escrito dentro de un artículo en general bien compuesto y perfectamente inteligible. Este párrafo no es cualquier lunar, es más bien un pequeño agujero negro donde se le van las luces hasta al exégeta mejor entrenado. Este editor, como lo explicaremos más detenidamente al final, zanjó el problema remitiéndose a la concepción general del crítico discernible en su artículo. Esa concepción es que no existen diferencias de estructura entre el capitalismo clásico y las economías llamadas subdesarrolladas. De ahí que el crítico rechace los términos subdesarrollo, dependencia, formación neocolonial, estrechez del mercado y hasta subempleo, mejor dicho, todo lo que insinúe que los países llamados subdesarrollados representan una formación capitalista diferente de los modelos “clásicos”. Para el crítico, lo esencial son las relaciones de producción capitalistas, de donde se infiere que dos países que tengan en su seno estas relaciones de producción no se diferencian esencialmente entre sí. En nuestra revisión del tema, nos llamó la atención una frase que está

en la mitad del farragoso e inescudriñable párrafo: aquella de que, con la “oscurantista” categoría de subdesarrollo, “el objeto (país) comparado es afectado en su misma esencia por el objeto (país más desarrollado) con el cual se compara...” El rechazo que en esa corta frase se alcanza a percibir del término subdesarrollo en razón de que señalaría “afecciones de esencia”, sí corresponde a la “filosofía” del crítico que dice que la dominación sufrida por un país no lo afecta en su conformación interna, no le confiere una especial estructura que pudiera llamarse “dependiente”].

La reproducción simple y la ampliada

La reproducción simple es un esquema que el autor de los *Estudios* tomó de *El Capital*. Utilizó ese esquema, entre otras cosas, para mostrar que, a diferencia de lo que ocurre en un sistema que produzca todos los elementos materiales necesarios para su reproducción (como pasa en el capitalismo “clásico” estudiado por Marx), el capitalismo dependiente, para reproducirse como aparato productivo, requiere el rodeo ya señalado por el sector externo. A través de los intercambios externos inherentes a una especial división internacional del trabajo, se consiguen los bienes de capital que la economía dependiente no produce, y esos bienes de capital son pagados, en condiciones regulares (es decir, sin endeudamiento ni inversión extranjera), con los ingresos por exportaciones primarias. Al autor le importaba traer a cuento la reproducción simple –sin crecimiento– para mostrar de manera ostensible, casi visual, las complejas condiciones de reproducción de una economía dependiente contrastadas con la menos problemática reproducción en una economía “clásica”, donde los intercambios reproductivos se hacen entre dos grandes sectores internos –el sector productor de medios de producción y el sector productor de bienes de consumo. Ese contraste permite ver de manera clara los rasgos singulares de la reproducción del capitalismo dependiente, empezando por el recurso obligado al sector externo y el consiguiente carácter triangular de la mecánica reproductiva.

Dicen los ‘Estudios’: “Las divisas necesarias para la compra de bienes de producción extranjeros provienen, como veíamos, de una materia prima o de un producto agrícola alimenticio –en el caso de nuestro país, el café–. Volviendo al esquema de una economía desarrollada, es decir, de una economía que tenga los dos sectores industriales: una rama productora de bienes de producción y una rama productora de bienes de consumo, vemos que dentro de las condiciones de equilibrio estático y de funcionamiento [reproducción simple] se encuentra aquella

según la cual la parte del producto del Sector II que representa el constante [valor de los bienes de producción utilizados o a reponer] ...y que reviste inmediatamente la forma natural de artículos de consumo, debe poder cambiarse por los salarios y la plusvalía de obreros y capitalistas ocupados en la industria productora de bienes de producción, salarios y plusvalía que tienen por fin el consumo pero que revisten inmediatamente la forma natural de máquinas, equipos, etc. Estos cambios, mientras tengan lugar dentro de una unidad económica [con unidad se quiere aquí decir: una economía orgánica, estructuralmente autónoma], se realizan a través de una misma unidad monetaria. (...) Ninguna dificultad teórica [subrayado del Editor] impide aquí la reproducción del capital. (...) otro es el caso en las relaciones entre la industria pesada monopolista y la industria liviana neocolonial. Ésta es un mercado para los productos de aquélla, pero no al revés” -p. 142.

La presentación del marco abstracto de la reproducción simple le permitirá después al autor mostrar los problemas mayores de una reproducción ampliada, vale decir, los problemas del crecimiento en condiciones de dependencia. (El crítico dirá que los *Estudios* no se ocupan de la reproducción ampliada). El capitalismo dependiente no tiene asegurada teóricamente ni siquiera su reproducción simple (caso hipotético: una fuerte caída de los ingresos por exportación que impida cubrir la reposición de equipos –una baja, digamos, del precio del café de 1.40 a 0.39 la libra, como alguna vez ha ocurrido). En una economía que contenga en su interior el sector productor de bienes de capital, la reproducción simple no tiene, teóricamente, problemas de orden estructural para cumplirse, lo que expresa el autor de los *Estudios* diciendo que en tal economía la reproducción simple es viable teóricamente.

Dicen los ‘Estudios’: “Marx, en su análisis de la reproducción del capital, y Lenin, en su polémica con los populistas, demostraron que en términos abstractos (subrayado en el libro los ‘Estudios’) una economía capitalista podía perfectamente funcionar sin tener que apelar para la realización de su producto a sectores no capitalistas ni exteriores. El análisis estático de la organización económica capitalista, es decir, aquel que supone que los capitalistas consumen la plusvalía en su totalidad sin ampliar la producción y que se limita a la simple reproducción del capital, basta para justificar teóricamente [subrayado del Editor] la viabilidad de este régimen de producción” -p. 124. (El crítico, al citar este texto, subraya la palabra “basta”).

El crítico pone al autor a sostener que el capitalismo puede existir históricamente, “empíricamente”, sin ningún crecimiento. El autor, al decir “teóricamente viable” quiso decir funcional en términos abstractos. O sea,

usó el término “teóricamente” para significar “en abstracto”. Es probable que el crítico haya pensado que “viable” no podía referirse sino a hechos empíricos o realidades históricas. Pero si no le valía la expresión “teóricamente” para quitarle a “viable” la significación de “empírico”, le debió haber valido la tesis de los *Estudios* que era el blanco principal de su ensayo crítico, vale decir, la tesis de que el capitalismo colombiano estaba condenado históricamente –“empíricamente”, para usar el término del crítico– porque tenía obstruidos los mecanismos del crecimiento y tendía al estancamiento. Con una rabulería interpretativa, el crítico pone al autor a contradecir en dos palabras, a lo sumo equívocas, una de las tesis centrales de su libro. (Este editor como corrector de estilo trabaja al revés: la ambigüedad de un término o la anfibología de una frase la resuelve remitiéndose a la concepción general que preside los desarrollos del texto). Pero lo peor, por el embrollo lógico que ello implica, es que se atribuye a dos palabras de los *Estudios* (“teóricamente” y “viabilidad”) un sentido que, de corresponder efectivamente a la concepción del autor del libro, el crítico no hubiera tenido que refutarlo –o hubiera tenido que invertir sus argumentaciones, si de lo que se trataba era de refutar a toda costa.

En resumen, el crítico, basándose en dos palabras que podían prestarse a equívocos (aunque dentro de una frase y un párrafo de sentido nada equívoco), puso al autor a decir que el capitalismo podía existir sin crecimiento; pero todo el ensayo “A propósito de Arrubla” se dirigía a refutar la tesis de los *Estudios* de que el capitalismo colombiano estaba condenado históricamente porque tendía al estancamiento, porque tendía a retrogradar a la mecánica de la reproducción simple, lo que significaba que el autor de los *Estudios* partía de la base de que el capitalismo no podía vivir sin crecimiento.

Dice Kalmanovitz: “El instrumento de análisis de Arrubla para investigar la estructura de la ‘dependencia’ es un esquema de reproducción simple, definido así por Marx por la ausencia de la acumulación de capital y un nivel de producción estancado. Según Arrubla, la reproducción simple es un supuesto suficiente y hasta realista para analizar la economía nacional: ‘El análisis estático de la organización económica capitalista, es decir, aquel que supone que los capitalistas consumen la plusvalía en su totalidad sin ampliar la producción y que se limita a la simple reproducción del capital, basta para justificar teóricamente la viabilidad de este régimen de producción’ [La anterior frase entre comillas simples corresponde a una cita de los ‘Estudios’ hecha por el crítico. El subrayado es de éste]. Sin embargo, conocemos, no sólo por lo que dice Marx al respecto, sino por la mayor parte de

los economistas y los mismos hechos económicos, que un capitalismo que no se amplía es un sistema devorado por la crisis. Cuando Marx utiliza la reproducción simple, lo justifica porque ella forma parte integral de la acumulación de capital observando que ‘la reproducción simple sobre la misma escala constituye una abstracción, puesto que... la ausencia de toda acumulación o reproducción a escala ampliada es, sobre una base capitalista, un supuesto absurdo’ –p. 86.

A peores excesos polemistas es llevado el crítico en lo que toca a la reproducción ampliada, o sea, a las condiciones de la reproducción en un proceso de crecimiento. Este es, diríamos, el falseamiento más insólito que hace el crítico. (De manera curiosa, difícil de comprender, este tema fue el que más impresionó a los lectores de Kalmanovitz: el autor siempre era interrogado al respecto). Simple y sencillamente, el crítico dijo que los *Estudios* no se ocupaban de la reproducción ampliada, no estudiaban los problemas del crecimiento. Pero el libro no sólo se ocupaba de la reproducción ampliada sino que presentaba las trabas a ésta en términos de una “característica estructural” formulada como una ley y desarrollada a lo largo de más de cuarenta páginas. En la tercera parte del libro, el “Análisis estructural de la economía colombiana”, el autor, en efecto, iba a sostener que la falta de correspondencia entre las necesidades de importar bienes de capital, de un lado, y de otro lado la disponibilidad de divisas para hacerlo, falta de correspondencia fundada en la desconexión entre el desarrollo de la industria y las condiciones del sector exportador, esa falta de correspondencia, decimos, se volvía crítica en un proceso de crecimiento. El desarrollo de la industria determinaba necesidades crecientes de importación, y nada aseguraba que las exportaciones primarias, sometidas a los azares del mercado internacional, fueran a generar los ingresos crecientes de divisas necesarios para pagar esas importaciones.

Dicen los ‘Estudios’: “El desajuste es teóricamente inevitable si se piensa en una ampliación de la economía neocolonial: nada garantiza en este tipo de relaciones que el crecimiento económico y las mayores necesidades de bienes de producción subsiguientes se acompañen de un crecimiento paralelo de la producción primaria de exportación y mucho menos de un aumento semejante de los ingresos de divisas. (...) Puede, por ejemplo, presentarse una superproducción mundial del producto de exportación, problema que necesariamente escapa al control de la economía dependiente en cuestión; una mala cosecha, etc., que rebaje los ingresos por exportación a un valor de 1.000 cuando la economía necesita reponer un constante [en bienes mayoritariamente importados] de 2.000” –p. 142. (Subrayados del Editor).

La consideración de las condiciones de la reproducción ampliada en los marcos de la dependencia es lo que lleva al autor de los *Estudios* a menospreciar las perspectivas de crecimiento por el lado de las materias primas y los bienes intermedios. La producción de estos bienes determinaría mayores necesidades de importación por parte del establecimiento industrial, ante lo cual un rezago en los ingresos por exportación, que los *Estudios* reputaban (dogmáticamente) inevitable, tendría efectos críticos, de una gravedad proporcional a los avances logrados en el crecimiento. En este artículo, salvo algunos paréntesis o anotaciones de paso –como el paréntesis que acabamos de poner– no pretendemos examinar la validez de las argumentaciones del libro. Estamos recordando el cuadro dramático que los *Estudios* pintaban del camino del crecimiento, de sus obstáculos y desfiladeros, para justificar nuestro escándalo ante esta (muy mentada) afirmación del polemista: que los *Estudios* no se ocupaban de la reproducción ampliada.

Cerremos esta parte con un par de observaciones. La primera es un crédito que este editor quiere dar a los *Estudios* (después de que el libro ha sido tan vapuleado, bien merece alguna reparación). Hasta donde sabemos, los ensayos reunidos en el libro, escritos en 1962-63, utilizaron por primera vez los esquemas de la reproducción del capital para analizar la estructura del capitalismo subdesarrollado, ese que depende de la importación de bienes de capital y sólo cuenta con los ingresos de un sector extraño al establecimiento industrial, un sector agrario, en el caso colombiano, para pagar esos bienes. Las condiciones de la reproducción analizadas por Marx cambian aquí por completo. Ya no se trata de un intercambio entre dos sectores industriales capitalistas integrantes de un mismo organismo económico, sino de un circuito de cambios en que participa un tercer sector, un sector primario exportador y que puede ser incluso en buena medida precapitalista. Esto introduce azares dramáticos, por fuera del control del sistema industrial. Se dan entonces circuitos de intercambio mucho más complejos que los encontrados en un marco “clásico” (sin excluir singulares problemas monetarios, como que los cambios exigidos para la adquisición de los bienes de capital deben hacerse en moneda extranjera). Los dos sectores capitalistas son un mercado para la industria productora de bienes de capital de la economía extranjera. Los dos sectores dependen de las divisas ingresadas por el sector exportador para sus necesidades de bienes de capital. El sector I, productor de bienes de producción, dentro de los marcos del capitalismo dependiente sólo puede ofrecer materias

primas y bienes intermedios a los industriales productores de bienes de consumo y a la población que trabaja para la exportación. En principio, estructuralmente, los dos sectores, sobre todo el II, productor de bienes de consumo, adquieren las divisas que precisan por medio de ventas al sector exportador. Etcétera. Los *Estudios* no examinaron en profundidad todos los aspectos que acabamos de mencionar. Habría, en ese marco, otros puntos importantes que podrían concebirse. El libro describió dos “características estructurales” de la economía colombiana, dando con ello comienzo a un análisis que el autor prometía continuar, pero que no continuó. Algunos temas importantes fueron señalados, sin profundizar en ellos. Por ejemplo, los *Estudios* (pág. 142) observan que la industria dependiente es un mercado para la industria extranjera pero no al revés, lo que hace relación con el tema de la estrechez del mercado y el desempleo en los países dependientes.

La otra observación es de orden anecdótico. Es completamente cierto que la crítica de Kalmanovitz produjo gran impacto entre los medios de izquierda de los setenta. Esto no lo olvida Kalmanovitz, y tiene razón en no olvidarlo. En su “Autobiografía intelectual” recuerda con nostalgia esos tiempos de ardorosos debates ideológicos, por siempre idos; y se queja de “la soledad del corredor de larga distancia”, que ha conocido como autor en tiempos posteriores. (*I know how you feel*, le diría este editor con sinceros sentimientos de simpatía). (Una hipótesis: esos bellos tiempos y el éxito público obtenido sobre Arrubla, unidos en el recuerdo, tal vez expliquen la complacencia, la falta de sentido crítico de Kalmanovitz frente a su viejo ensayo crítico). Como ya hemos mencionado, las resonancias del escrito de Kalmanovitz todavía le llegaban al autor de los *Estudios* veinte años después. Militantes —exmilitantes— de izquierda abordaban al autor en la calle, preguntándole por qué no le había respondido a Kalmanovitz e indagando sobre lo que hubiera podido responder a tal o cual crítica. Dos temas no faltaban. —Kalmanovitz dice que usted no habló de la reproducción ampliada. —Kalmanovitz dice que usted es un seguidor de pensadores burgueses radicalizados. A esto último respondía el autor según el humor del momento. Para lo primero, para el tema de la reproducción ampliada cuya recurrencia, cuya perduración en la mente de los lectores siempre ha sido un misterio para el autor, éste mantenía una respuesta lista: —Si alguien escribe un libro sobre la inexistencia de Dios, yo lo puedo refutar con la prueba ontológica de San Anselmo, pero no le digo que no habló de Dios.

V. SOBRE EL FALSO PROBLEMA DE LA DEPENDENCIA Y EL
VERDADERO CARÁCTER DEL IMPERIALISMO

Discurso compuesto por el Editor en base a extractos del
ensayo de Kalmanovitz "A propósito de Arrubla" –1975.

(Entre paréntesis, páginas de los textos parafraseados)

No existe un problema nacional. No existe un problema de la dependencia. Se trata de mistificaciones de pensadores burgueses radicalizados que, subrayando una presunta contraposición entre países maduros y países dominados, encuentran en el tema nacional el objeto de sus análisis. Los teóricos de la dependencia colocan las relaciones entre naciones por encima de las relaciones de producción, dejando en un transfondo la contradicción mayor entre el capital y el trabajo, así como las luchas de clases que esa contradicción determina (84). La visión en términos de nación y de dependencia en nada consulta las realidades del mundo contemporáneo. No existe la explotación de unas naciones por otras como está insinuado en las teorías de la dependencia y en la visión de ciertos autores que hablan de neocolonias y otras sandeces, sino una explotación compartida y negociada entre la burguesía nacional y la extranjera sobre el proletariado latinoamericano (106). El concepto de dependencia implica la existencia de dos órdenes de naciones, unas explotadas por otras a través del comercio y la inversión imperialistas, pero, lo principal, una afectada en su esencia como objeto país por la dominación de otro objeto país. La flaqueza básica de ese concepto es la separación de unas naciones dominadas, con todas sus clases, respecto a otras naciones dominantes, cuando lo más obvio de la moderna dominación imperialista es exactamente lo contrario: la creciente integración de la burguesía extranjera dominante en la estructura productiva, financiera y comercial de los países dominados. En el nivel de clases, la burguesía imperialista, asociada con la burguesía nacional, explota al proletariado local, y esa íntima ligazón constituye la clave del acelerado desarrollo del capitalismo en Colombia, y todavía más en otros países latinoamericanos (102). El sistema de dominación imperialista sigue respondiendo a la afirmación leninista de que la exportación de capitales constituye el fundamento del imperialismo moderno. "Lo que caracterizaba al viejo capitalismo, en el cual dominaba plenamente la libre competencia, era la exportación de mercancías. Lo que caracteriza al capitalismo moderno es la exportación de capital" (107). La verdad de esa definición no ha sido desmentida por los desarrollos históricos sino que por el contrario crece con el tiempo (107). La burguesía impe-

rialista, más bien que explotar a las burguesías de los países dominados a través de intercambios comerciales, busca áreas de influencia donde colocar los gigantescos capitales que sobresaturan las metrópolis. La definición de Lenin sobre la naturaleza del moderno capitalismo imperialista no impide que los teóricos de la dependencia privilegien en sus análisis el tema de la división internacional del trabajo y de las relaciones de comercio, poniendo a las “tristes” burguesías de los países dominados a comprar equipos extranjeros y sufrir por ello una “dependencia estructural” (112).

El proceso creciente de exportación de capitales por parte de los países que Lenin llama maduros tiene diversas y contradictorias consecuencias en el mundo dominado, mal llamado dependiente: ha extendido a ese mundo la explotación del proletariado por parte del capital monopolista metropolitano; ha determinado la sobreexplotación de la fuerza de trabajo y la acumulación exorbitante de plusvalía, y ha contribuido a fortalecer la reacción política (84); pero también ha impulsado el desarrollo del capitalismo en los países dominados y, lo que es más importante, ha dado un carácter singular, nada antagónico, a las relaciones entre la burguesía monopolista extranjera y las burguesías locales. Limitaciones al crecimiento como la escasez de divisas, de que tanto hablan los teóricos de la dependencia, están siendo superadas en diversas formas, aparte del hecho de que esas limitaciones no existen. La afluencia de capitales extranjeros no sólo ha resuelto el problema inexistente de la escasez de divisas, sino que ha facilitado el ingreso de los bienes de capital y la tecnología que pudieran faltar, y ha producido, a veces en formas tan estrechas como la empresa mixta, una alianza de la burguesía imperialista con las burguesías locales. Con esa alianza se ha elevado la capacidad negociadora de las burguesías dominadas en cuanto al punto de las condiciones de inversión extranjera y de comercio, y es así como hoy disponemos de cifras que muestran una mejora de los términos de intercambio, ello contra la espuria tendencia al deterioro de esos términos afirmada por los teóricos de la dependencia.

En el fondo de estos fenómenos se encuentra la fórmula nuclear del pensamiento marxista, de la dialéctica y el materialismo histórico: las relaciones de producción. Las relaciones de producción están en la base de todo, el análisis debe partir de ellas, en especial de las clases sociales y de sus contradicciones y luchas. En lugar de partir, valga el ejemplo, del hecho de que la producción cafetera se dirige a la exportación, de que esa producción haya llegado a representar en ciertos momentos la gran mayoría de nuestras exportaciones y a generar las divisas para los bienes de capital requeridos por

nuestro aparato industrial, en fin, en lugar de mirar que las contingencias del café en los mercados internacionales ponen en riesgo la estabilidad económica y la existencia de centenares de miles de colombianos, un análisis verdaderamente científico debe partir de las relaciones de producción que se dan en las áreas cafeteras –sistemas de asalariado, o aparcería, o unidades agrícolas familiares–, porque, como dijo Marx, la producción está en el comienzo, y las clases sociales implicadas en la producción están también en el comienzo. Por el contrario, los fenómenos en que centran la atención los teóricos de la dependencia pertenecen a la esfera de la circulación, esfera que, por importante que sea, tiene un carácter derivado, accesorio. Los bienes, para que circulen, deben primero existir, y para que existan deben ser producidos. Eso que decíamos sobre la economía cafetera se aplica, *mutatis mutandis*, a los diversos bienes de exportación con que los llamados países dependientes se vinculan al comercio mundial. Lo esencial es cómo son producidos esos bienes, bajo qué relaciones de producción, bajo qué relaciones de clase. De ello se deriva, de ello se puede deducir todo: las relaciones internacionales, por importantes que sean, juegan un papel que podría, en efecto, ser discernido con exactitud dentro del análisis mismo de la producción (81). Como dijo Marx, hasta para el pillaje de una nación por otra lo esencial son las relaciones existentes en el seno de la nación expoliada, en el seno del grupo humano donde se originan los bienes objetos de pillaje. “Para poder saquear, es necesaria la producción. Y el tipo de pillaje está determinado por el modo de producción” (79). Sólo un espíritu malicioso podría relativizar la validez de esa sentencia yuxtaponiéndole otras frases del mismo Marx, como aquella de que “la intromisión inglesa en la India produjo la más grande y, a decir verdad, la única revolución social que jamás ha visto el Asia” (103). Centrarse en el saqueo mismo o en las formas del saqueo, olvidando que lo esencial son las relaciones entre aquellos que producen lo saqueado, tal es lo que hacen los teóricos de la dependencia cuando colocan en un segundo plano las relaciones internas de producción y las luchas de clases que les son concomitantes. ¿Qué valen, por ejemplo, las diferencias de Colombia con Estados Unidos al pie de los candentes conflictos de clase entre aparceros y terratenientes? Los análisis de teóricos como Arrubla que operan con los conceptos mistificadores de dependencia y de nación han contribuido a descuidar –ello es lo más grave– el problema de la lucha de clases en Colombia (85).

Las relaciones de clase reinantes en el interior de nuestro país son principalmente aquellas existentes entre burgueses y terratenientes, de un lado,

y de otro lado las clases trabajadoras –asalariados, aparceros, minifundistas acorralados por el latifundio. Es en el proceso de producción donde se crea el valor, es allí donde se crea la plusvalía. El trabajo es la sustancia del valor, y la ganancia de los burgueses es plusvalía, valor creado por el trabajo que los dueños de los bienes de producción se apropian. De ahí la gravedad de que ciertos teóricos de la dependencia no expliciten una teoría marxista del valor aplicada a las condiciones locales, con la excepción de aquel componente que circula mediante las relaciones del comercio internacional (85). En los trabajos de esos teóricos no hay categorías que expliquen el desdoblamiento de la plusvalía en ganancia de capitalistas nacionales y extranjeros, interés y renta de la tierra, falla que excluye la posibilidad de analizar las luchas entre explotadores y explotados así como las pugnas entre las fracciones de la clase dominante colombiana por la repartición de la plusvalía (85).

Un análisis verdaderamente materialista de la historia y de la economía debe partir de las relaciones que se dan dentro de una población dada, del ordenamiento social que se desprende del modo de producción, es decir, de la población dividida en clases y de la división social del trabajo; en seguida, un análisis materialista debe mostrar cómo circulan y se cambian los frutos del trabajo en el seno de la sociedad y en el mercado mundial; finalmente, debe establecer qué formas asume el Estado y cómo influye éste en la producción (77). Dicho en otros términos, lo primero que debe examinarse son las relaciones de explotación clasista por parte de los dueños de los bienes de producción sobre los trabajadores proletarizados. Lo segundo pueden ser las relaciones entre los distintos sectores de las clases dominantes. Y lo tercero, las relaciones de alianza, el contubernio entre las burguesías nacionales y la burguesía monopolista extranjera para la explotación conjunta del proletariado. Marx dice: “Trabajo, división del trabajo, necesidad, valor de cambio, hasta el Estado, el cambio entre las naciones y el mercado mundial. Este último es, manifiestamente, el método científico” (79). Nótese cómo en Marx el socorrido mercado mundial se encuentra en la cola de las determinaciones. La investigación debe seguir los preceptos de Marx, acordes con la esencia de los fenómenos mismos: partir de las fuentes de producción, de las formas de producción, de las relaciones de clase dentro de la producción considerada, y pasar, en último lugar –invirtiendo el orden seguido por los teóricos de la dependencia– al campo de la circulación nacional y enseguida la internacional, por más que esta última corresponda a una determinada división internacional del trabajo, hecho que los teóricos de la dependencia sobrevaloran a contravía de las enseñanzas del

materialismo histórico. La producción precede a la circulación. Para circular, tanto como para ser saqueados –repetimos con Marx–, es necesario que los bienes hayan sido primero producidos.

De lo anterior se infiere, pasando a ejemplos de alguna actualidad [esto va por cuenta del Editor, apartándose de la letra, aunque no del espíritu, del ensayo del crítico], de lo anterior se infiere, decimos, el carácter secundario, en relación con la producción, de los problemas del comercio mundial, de los debates en el seno de entidades como la Organización Mundial del Comercio, de los contenciosos comerciales entre países avanzados y países en desarrollo y atrasados, incluso de temas como las aperturas súbitas y unilaterales de los países dominados frente al proteccionismo obstinado de los países maduros. La importancia de esos temas, innegable en cierta medida, no debe hacernos olvidar que versan sobre la esfera de la circulación de mercancías, secundaria con respecto a la producción. Las condiciones del comercio internacional, los condicionantes externos que embelesan a autores como Arrubla (94), ceden en importancia al hecho de que, en los procesos de producción de los países tercermundistas, está de cuerpo presente la burguesía imperialista con sus capitales exportados. En las modalidades de esa producción, en las relaciones de producción presididas por la alianza de las burguesías nacionales y la burguesía monopolista extranjera, en la explotación conjunta del proletariado local por esa alianza de burguesías, en la repartición, finalmente, de la plusvalía entre los distintos sectores que componen las clases dominantes, encontramos las claves esenciales de la sociedad colombiana y en general de los países que los teóricos de la dependencia llaman engañosamente dependientes. En la raíz siguen estando la producción, las relaciones de producción, las clases sociales, los conflictos de clase. Los fenómenos que en primer lugar debe atender el investigador de las sociedades modernas son pues las relaciones de clase, empezando por las clases comprometidas en la esfera de la producción; después vienen las relaciones entre los distintos sectores de la burguesía nacional que se reparten los frutos de la explotación; y al final, atendiendo la tesis leninista de la exportación de capitales, viene el estudio de la penetración imperialista y la explotación conjunta del proletariado por parte de la amalgama de la burguesía nacional y la burguesía extranjera. Las estructuras del comercio internacional vienen naturalmente a lo último.

No existe un problema nacional. No existe un problema de la dependencia. La dependencia es un concepto que no diferencia clases, cuando las clases constituyen la base del análisis marxista (100). Como bien dice Francisco

Weffort, la ambigüedad clase-nación, presente en la “teoría de la dependencia”, debe resolverse en los términos de una perspectiva de clase, desde la cual no existen la cuestión nacional ni la dependencia en general, ni tampoco la nación concebida como un principio explicativo (102-03). Al no existir, a la luz del marxismo, como hemos probado, un verdadero problema de la dependencia, los teorizantes de las formaciones dependientes carecen propiamente de objeto, o sea que sus análisis, esquemas y clasificaciones versan sobre fenómenos inexistentes. Reiteramos: no existe un problema de la dependencia porque la formulación de tal problema equivale a mirar los fenómenos en términos de nación contra nación, cuando la burguesía que representaría a la nación se ha amalgamado con los imperialistas para explotar conjuntamente al proletariado. Hay que profundizar en el análisis de clases, recalcando que la lucha contra el imperialismo es indisoluble de la lucha contra la burguesía local (101). La contradicción no es entre naciones sino entre clases: entre las burguesías unidas por encima de las nacionalidades, de un lado, y de otro el proletariado que, esté donde esté, carece de patria, carece de nación. Ya lo dijo el *Manifiesto Comunista*: “Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen” (100). Mientras la hegemonía corresponda a la burguesía, los intereses nacionales coinciden en lo fundamental con los intereses burgueses. Es preciso, como dice Lenin, destacar los intereses de las clases oprimidas, de los trabajadores, de los explotados, distinguiéndolos con toda claridad del concepto general de la nación en su conjunto, que significa los intereses de la clase dominante (100). El proletariado sólo es nacional en sentido potencial, por su capacidad futura de convertirse en la clase dominante de la nación, de instaurar su dictadura (100).

VI. MARGINALIA (2)

Después de escuchar el discurso de Kalmanovitz, no resistimos el deseo de consignar otras marginalia (anotaciones manuscritas en los márgenes) que hemos hecho durante nuestra lectura de su ensayo “A propósito de Arrubla”, y también –incidentalmente, porque no es tema de este artículo– durante la lectura de su “Autobiografía intelectual”. En los márgenes de las 42 páginas del ensayo crítico hemos hecho 99 anotaciones, desde subrayados, signos de interrogación y admiración, glosas cortas, hasta comentarios, algunos tan largos que no cupieron en los márgenes y quedaron trancos en el borde de la página. Vamos a reproducir algunos de los textos que en la edición impresa del ensayo crítico hemos marcado en el curso de la lectura. Después de las

citas daremos el número de página; enseguida, entre paréntesis, en cursivas, la anotación manuscrita y, a continuación, después de una raya larga, los comentarios que se nos han ocurrido durante la elaboración de este artículo. Las anotaciones intercaladas por el Editor en medio de una cita irán entre corchetes, en cursivas si son marginalia, en redondas si son posteriores a la lectura del ensayo. Aunque la “Autobiografía intelectual”, fuera de los tres adjetivos de marras, no es el objeto de este artículo, empezaremos con algunas marginalia a dicho texto. Todas las citas que siguen corresponden entonces a frases de Kalmanovitz.

Marginalia a la “Autobiografía intelectual”

—“...el trabajo de Arrubla había tenido un gran impacto y su libro alcanzó a tener unas 10 reimpressiones”. (Quedó corto. —El autor del libro fue su propio editor entre 1978 y 1983 aproximadamente. El número de ediciones llegó a 15 o 16 —casi seguro esto último—. La mayoría promediaron 3.000 ejemplares; hubo dos de 5.000, una de 7.000 y una de 10.000, para un total aproximado —como dijimos antes— de 60.000 ejemplares).

—“El artículo originalmente impresionó bastante pues era una crítica sólida...”. (*Sí. No.* —Sí, impresionó bastante, pero, repetimos, ello se debió parcialmente a la resonancia del libro criticado. El renombre de Kalmanovitz en los grupos de izquierda quedó bien asentado. Desde este punto de vista, alguna deuda tiene K. con Arrubla. —No, la crítica no fue sólida).

—“La pretensión de hacer una historia económica del país la habían emprendido varios intelectuales a finales de los años 60; hubo un esfuerzo por Mario Arrubla y Estanislao Zuleta, de cuyos borradores surgió la que escribió Álvaro Tirado, *Introducción a la historia económica de Colombia...*” (Error. —No hubo ningunos borradores de Mario Arrubla y Estanislao Zuleta sobre los que se hubiera apoyado Álvaro Tirado).

—“Mario Arrubla, obrando con una gran generosidad para quien lo había criticado, me pidió un artículo para *Colombia Hoy* en 1973...” (*Más.* —Mario Arrubla fue el primer coordinador del libro *Colombia hoy*. Invitó a colaborar a Kalmanovitz no por generosidad sino porque apreciaba el alto nivel de sus trabajos y porque entendía que una crítica, por sañosa que fuera, nada tenía que ver con animadversiones personales. Que Kalmanovitz vea generosidad en las invitaciones de Arrubla nos hace temer que a él no le resulte fácil mantener relaciones de colaboración con quien lo critique. Sería bueno que la generosidad que Kalmanovitz ve en

el autor de los *Estudios* lo obligara a la reciprocidad. A fin de reforzar esa obligación, este editor le recuerda que Arrubla lo invitó también a colaborar en *Cuadernos Colombianos* (revista que Arrubla fundó y dirigió en los años setenta). Pero lo que nos place recordarle de manera especial es que Arrubla, siendo director de la Editorial La Carreta en Bogotá, hizo en 1978 la primera edición del *El desarrollo de la agricultura en Colombia*. En su “Autobiografía intelectual” Kalmanovitz da ese crédito a Carlos Valencia Editor, quien hizo la segunda edición, años más tarde. Para Freud, el significado del olvido de Kalmanovitz es obvio: éste quería reconocer la “generosidad” de Arrubla, pero tampoco tanto).

—“Recordaba que cuando saqué la crítica a Mario Arrubla cayó como una bomba, explotó en medio del debate ideológico...” (*Anfibología*).
—Cayó como una bomba la crítica, no Mario Arrubla).

Marginalia al ensayo “A propósito de Arrubla”

—“Es obvio que el colonialismo puede tener un efecto determinado sobre las relaciones de producción interna y puede transformarlas” —p. 79. (¡Ah!).

—“En el análisis de las relaciones internacionales tomadas en sí mismas, Arrubla trabaja en base a relaciones económicas, abandonando el aspecto *básico* que corresponde al estudio del imperialismo: lo político y lo militar” —p. 80. (*Subrayado –subrayamos con lápiz la palabra “básico”*). —¿Y la definición citada de Lenin? Por otra parte, Arrubla, aunque marxista, no podía hablar de todo, por más que supiera que, en dialéctica, “todo influye sobre todo”).

—“Ni el modo de producción ni la distribución están sobredeterminados [?] aunque sí influidos, por las relaciones internacionales, aun si se trata de una economía de exportación [¿aun?] pues primero hay una producción y más tarde circula en cierta forma. (...) Es indudable que este tipo de economía requiere la circulación internacional para su producción: las relaciones internacionales juegan un papel importante que podría ser discernido con exactitud dentro del análisis mismo de la producción” —p. 81. (!? —¿Las relaciones internacionales discernidas dentro de la producción —a partir de la aparcería, del salariado, de la producción parcelaria? ¿La función del café en la economía y las azarosas condiciones de su mercado internacional discernidas a partir de la producción? ¿Las relaciones de producción como el aleph, el punto místico donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos?).

—“Lo importante del comercio internacional es que aviva los canales de la circulación interna, y son precisamente sus incrementos sucesivos los que

van a dar lugar a una generalización social del comercio” –p. 82. (*Lo mismo*. —Los *Estudios* –cuadro de pp. 108-09– definen así las semicolonias de tipo B, tipo al que, en los Estudios, correspondía la Colombia de antes de los treinta: intercambio de productos primarios por manufacturas extranjeras; “mercado interno de relativa importancia” constituido por la demanda de los grupos dominantes y también “por la demanda de artículos corrientes por parte de la población ocupada en la producción y el transporte del producto de exportación”; “economía en buena parte comercializada”. —Son más de diez los párrafos del artículo impreso de Kalmanovitz donde hemos hecho la anotación “lo mismo”, es decir, donde hemos marcado frases del crítico que reproducen con tono de refutación ideas de los *Estudios*. Nos abstendremos de citar más ese tipo de párrafos).

—“En el caso colombiano, entonces, la industrialización está asociada con un proceso de acumulación originaria de capital, principalmente en la esfera del comercio internacional, de [sic] la conformación de un mercado de trabajadores libres y de [sic] la unificación y ampliación de un mercado interior” –p. 83. (*Lo mismo*. —Después de pocos segundos rompemos el propósito de no volver a citar párrafos marcados con “lo mismo”, pero es que asombra que se refute un libro con sus mismas ideas. Reléase todo el párrafo anterior. Véase el cuadro de los *Estudios* sobre la dependencia –pp. 108-109–; reléanse los largos análisis de los *Estudios* sobre el tipo de semicolonia al que correspondería Colombia antes de su industrialización; reléanse, entre otras, las páginas 107-119 del libro, y el lector se escandalizará al igual que este editor viendo al crítico refutar los *Estudios* con ideas de los *Estudios*).

—“La protección, que ha servido a muchos, incluyendo a Arrubla, como la fórmula mágica que permite explicar la industrialización en 1930 en adelante...” –p. 83. (*Falso*. —Ya hemos hablado de esto en otra parte, y los *Estudios* hablan de ello en muchas partes; la injusticia de esa atribución puede incluso vislumbrarse en nuestro comentario dos párrafos atrás).

—“Es así como nuestro autor [el “nuestro” se refiere a Arrubla] no explicita una teoría marxista del valor aplicada a nuestras condiciones” –p. 85. (*Fácil*. —Otra vez será).

—“El trabajo de Arrubla aparenta dar una explicación global sobre nuestro funcionamiento económico y, si bien tal interpretación ya es responsabilidad del lector [¡menuda responsabilidad!], lo que ha ocurrido es un desarrollo de la tesis de Arrubla que ha contribuido a descuidar el análisis de la lucha de clases en Colombia” –p. 85. (*Grave*. —¡Y el autor de los *Estudios* que siempre se ha sentido un irresponsable por lo contrario: por escribir y sobre todo publicar durante quince años

un libro que llamaba a la lucha de clases en un país tan cargado de violencia como Colombia!).

—“Las exportaciones manufactureras, en forma similar, son posibles sólo cuando la acumulación industrial haya sido tan extensa que su productividad sea competitiva en los mercados externos [*Falso*], acumulación que tendrá el mercado interior como recinto de realización inicial [*No siempre*]” —p. 94. (Falso porque la competitividad suele depender menos de una alta productividad que de un bajo nivel de salarios. No siempre porque pueden montarse empresas manufactureras extranjeras o mixtas —de las cuales habla mucho el crítico— con fines de exportación en áreas subdesarrolladas).

—“A nivel de clases, aquélla [la burguesía imperialista], asociada con la burguesía nacional, explota al proletariado nacional, y esta íntima ligazón constituye, en la etapa actual, la clave de un desarrollo capitalista acelerado en Colombia” —p. 102. (*¿Será así?*).

—“No existe entonces una explotación nacional como está insinuado en las teorías de la dependencia y en la visión específica de Arrubla sobre la ‘neocolonia’, sino una explotación compartida y negociada entre burguesías nacional e imperialista sobre el proletariado latinoamericano” —106) (?).

—“La cuestión nacional surgirá nuevamente en América Latina y Colombia, pero sólo con la revolución proletaria, con la transformación del proletariado en clase nacional que deberá confrontar a la burguesía nacional como al imperialismo para poder instaurar su dictadura” —p. 106. (*¿Dios nos libre!*).

—[El autor de los *Estudios* afirma que son más los capitales que los inversionistas extranjeros de toda índole sacan de los países dominados que los capitales que traen. Kalmanovitz lo refuta con Lenin] Dice Kalmanovitz: “Lenin había hablado de una tendencia a la sobreproducción de capital en los países maduros. Los nuevos teóricos deberán probar que, en efecto, esta tendencia se invirtió: que estos países sufren crisis de “sub-producción” de capital, que hace necesario importarlo de los países dominados”. —p. 108. (*Carga de la prueba*.—Los *Estudios* pueden tener o no razón al decir que los inversionistas extranjeros sacan más capital del que traen (en los términos de la frase citada: más el que importan hacia sus países que el que exportan hacia nuestros países). Kalmanovitz se escandaliza porque eso equivaldría a decir que los imperialistas importan capital, como si les faltara, cuando ya Lenin explicó que les sobra, que están saturados, que tienen que exportarlo so pena de crisis. Está bien que Kalmanovitz se escandalice, pero no tiene derecho a pedirle a nadie, por marxista que se diga, que presente sus pruebas contra una fórmula de Lenin sobre fenómenos históricos y no sobre puntos de dogmática

—o sea, que ni siquiera entre doctrinarios la fórmula de Lenin podría esgrimirse como prueba).

—“Lenin escribía en 1915 [se refiere a la definición del imperialismo], pero la tendencia [a la exportación de capitales y su inversión directa en el extranjero] no se detuvo y, por el contrario, se intensifica en grado sumo con el transcurso del tiempo” p. 107. (O sea que la verdad de la definición formulada por Lenin en 1915, lejos de debilitarse, se ha fortalecido con el tiempo. Esas sí son verdades, no como las de la religión católica; ésta, en efecto, por boca del actual Papa, debilitó el infierno metaforizando su naturaleza ígnea y su ubicación subterránea).

—...“La dominación imperialista se ha incrementado notablemente —si es que puede hablarse de una etapa previa fundamentada en la explotación comercial... [Sí se puede hablar de una etapa fundada en la explotación comercial: el librecambismo inglés del siglo XIX; pregúntenle a China; pregúntele a la India; miren la libertad de comercio impuesta en los países latinoamericanos a mediados de aquel siglo]. La burguesía imperialista ha entrado a compartir la explotación del proletariado nacional con la burguesía local y a suministrarle en forma directa, bajo la protección arancelaria, parte apreciable de sus suministros de medios de producción...” —p. 113. (*Subrayado* —todo este pasaje fue subrayado por el Editor al leer el ensayo crítico).

—“...vuelve a manifestarse la superioridad de la teoría clásica del imperialismo sobre las nuevas teorías circulacionistas y en particular sobre lo que propone Arrubla...” —113. (*¿Lenin superior a Arrubla?*).

—“Lo anterior no resta los grandes aportes que hicieron tanto Arrubla como otros pensadores latinoamericanos para analizar los problemas concretos que caracterizaron el desarrollo capitalista en América Latina... —116. (*¡Gracias!* —en nombre del autor de los *Estudios*. —Aunque no hay de qué. No hay de qué porque no hubo concepto de los *Estudios* que no fuera impugnado con malas artes conscientes o inconscientes —salvo el punto criticado con justicia, de que hicimos mención en la parte III de este artículo. Los pocos conceptos que no fueron fustigados quedaron engrilletados entre comillas).

Sólo traeremos una cita más, que hemos dejado para el final, dada la extensión del comentario con que la acompañamos.

—“Las relaciones internacionales son tan determinantes del acontecer histórico nacional para Arrubla que su periodización se basa en los cambios que ocurren en la nacionalidad de los imperialistas, y estas relaciones van a determinar a su vez la producción: minería (colonia) y productos agrícolas (semicolonia y neocolonia)...” —p. 78; los paréntesis anteriores son del crítico. (*Falso, falso y falso*. —Falso 1: El crítico no parece haber

leído el libro, o lo leyó pero hizo sus comentarios después de haber olvidado lo leído. Basta mirar los cuadros de pp. 92-93 y pp. 108-09 de los *Estudios*. En el primero se dice que los países que predominaron en la etapa del colonialismo mercantilista fueron España, Portugal y Holanda, colonizadores de América y parte de Asia y África. Que en el librecambista siglo XIX predominó principalmente Inglaterra. Y que bajo el imperialismo del siglo XX predominaron Inglaterra y Francia, y luego Estados Unidos. Formular esas observaciones histórico-factuales no es hacer una periodización en función de países. Así, la afirmación de que Estados Unidos encabeza hoy la llamada globalización no equivale a una periodización en base a países, sino que señala un simple hecho. Falso 2: Los *Estudios* no asimilan colonia con minería. Las colonias son regiones ocupadas territorialmente, sin independencia nacional. Los “productos” sacados de ellas no son sólo riquezas mineras necesariamente: pueden ser también productos agrícolas comercializados a través de factorías, y pueden incluso ser negros “cazados” para la exportación. Falso 3: semicolonias y neocolonias no son definidas en los *Estudios* en función de la producción agrícola. El cuadro de pp. 92-93 dice que las semicolonias exportan en general materias primas; en las semicolonias de tipo A, donde, por definición, los productos de exportación son explotados por capital extranjero (p. 108), “se trata de un producto explotado en grandes plantaciones capitalistas [países bananeros por ejemplo] o en instalaciones mineras...” (p. 116 –subrayado del Editor); en las semicolonias de tipo B, “se trata de un producto que no exige grandes inversiones de capital y es explotado por pequeñas haciendas familiares o grandes haciendas latifundistas” en manos de nacionales (p. 116). Después de semejantes falseamientos, después de semejante olvido o tergiversación de lo dicho por los *Estudios* sobre colonias y semicolonias, ¿qué derecho tiene el crítico para desprestigiar la formalización que hacen los *Estudios* de los esquemas históricos de dependencia, de las semicolonias de tipo A y B, prevalecientes en América desde la Independencia hasta el siglo XX? Hay en los *Estudios* algunas ideas originales valiosas: el señalamiento de las especiales condiciones de la reproducción del capital en el mundo subdesarrollado, aporte que ya le hemos reconocido al libro al final de la parte IV de este artículo; y los análisis que versan sobre los países semicoloniales, clasificados en dos tipos (que dan cuenta, por ejemplo, de las diferencias de países como Venezuela y Colombia). Tampoco los aportes hechos por el libro al tema del semicolonialismo fueron apreciados por el crítico (el término semicolonialismo no importa, puede ser cambiado; importa es la identidad de los fenómenos a que se hace referencia). Esos análisis sobre las semicolonias ni siquiera los leyó el crítico, o los leyó, pero, al criticarlos, no recordó bien lo leído, desvirtuándolo –como hemos demostrado en este párrafo con paráfrasis y citas puntuales de los *Estudios*, subrayando las palabras que valen por desmentidos.

VII. PERSPECTIVAS REVOLUCIONARIAS DE ARRUBLA Y KALMANOVITZ

Un pensamiento desestructurante

A estas alturas de nuestro trabajo, debemos rectificar la interpretación que hicimos en la segunda sección de la parte IV sobre los párrafos del ensayo de Kalmanovitz –pp. 115 y 116– en que éste criticaba el término subdesarrollo. (Al final de la mencionada sección agregamos a posteriori una advertencia sobre nuestro error de interpretación; por haber obedecido tal error al “oscurantismo” del crítico, dejamos inmodificada nuestra réplica original). Kalmanovitz, pensamos en un comienzo, criticaba acertadamente ese término por sus connotaciones cuantitativas, o sea, porque comparaba las naciones por su grado de desarrollo, por sus indicadores económicos –como el ingreso per cápita–, pero señalábamos que su crítica cometía la injusticia de acusar a los *Estudios* de ese uso engañoso del término. Mostramos que en realidad los *Estudios* hacían explícitamente lo mismo que el crítico: denunciar el término subdesarrollo porque hacía pensar en comparaciones entre países según el grado de desarrollo alcanzado, cuando, si no iba a servir para crear mistificaciones, el término debía señalar diferencias de forma, de estructura, o sea aplicarse a economías capitalistas con complejidades peculiares. Kalmanovitz, entendimos en un primer momento, estaría criticando el término subdesarrollo diciendo sobre él lo mismo que decían los *Estudios* pero imputando a éstos el uso engañoso del término –y también, sorprendentemente, contradiciendo en dos párrafos su propia concepción sobre el tema advertible a todo lo largo de su artículo. En un primer momento no fuimos alertados por esta incoherencia, porque nuestra atención fue copada por el escándalo de que Kalmanovitz estuviera corrigiendo los *Estudios* con ideas tomadas o que parecían tomadas de los mismos *Estudios*. Pero de todos modos nos quedó una desazón. Ello implicaría una mala fe de la que no creemos capaz al crítico, más claramente, un carácter abogadil llevado al extremo: sostener, según las conveniencias puntuales más inmediatas, cosas contrarias al sentido general de su alegato. Si hubiéramos sido más sabios, más ágiles intelectivamente –y si hubiéramos confiado más en la coherencia del crítico, cosa que no era fácil dados otros antecedentes en el mismo artículo– habríamos resuelto la obscuridad de esos párrafos atendiendo las concepciones que presiden el ensayo crítico. Pero esa revisión aclaratoria la hicimos tarde, ya al final de nuestro trabajo, como hemos dicho. Conviene citar otra vez

los enrevesados textos que nosotros interpretamos, sin culpa, torcidamente (¡y que sufra el lector que ha llegado hasta aquí!).

Dice Kalmanovitz: “Acoger categorías comparativas para determinar ‘el grado de subdesarrollo’, como el ‘ingreso per cápita’, para demostrar el estancamiento del capital en los países latinoamericanos, puede probar que la acumulación capitalista no se ha desarrollado ‘armónicamente’ con el crecimiento de la población, pero de ninguna manera prueba que el capitalismo haya dejado de desarrollarse en ningún momento” –p. 115. “La categoría de ‘subdesarrollo’ tiene graves fallas de contenido, que la hacen una categoría especialmente oscurantista. Por un lado es una categoría ‘negativa’ pues explica el ‘no’ desarrollo del capitalismo, sin referirse específicamente a la transformación de las relaciones de producción. Por otro lado, se trata de una categoría ‘comparativa’ donde el objeto (país) comparado es afectado en su misma esencia por el objeto (país desarrollado) con el cual se compara. Así, son dejadas de lado las leyes internas que rigen el funcionamiento de la economía objeto; en su lugar, se toman manifestaciones a nivel fenomenal, en la forma de indicadores que no van a explicar la dinámica interna, sino a ser comparados con los indicadores de otra economía, lo cual conduce a conclusiones sobre el primer objeto país. En suma, la categoría del subdesarrollo pertenece a la estática comparativa y es extraña al materialismo histórico” –pp. 115-16. (Subrayados del crítico).

Preguntamos al lector si, al leer estos textos, no entiende lo mismo que entendimos nosotros en un principio, es decir, que allí el crítico criticaba el término subdesarrollo por su carácter cuantitativo, por hacer comparaciones de grado, que no de forma. Piénsese en los señalamientos críticos sobre “grado de subdesarrollo”, sobre “ingreso per cápita”, sobre “indicadores que no iban a explicar la dinámica interna, sino a ser comparados con los indicadores de otra economía”. Pues bien, si el lector, comprensiblemente, entiende lo que al principio entendimos nosotros, se equivoca de medio a medio, como nos equivocamos nosotros. La equivocación salta a la vista si, además de recordar la concepción general del crítico, se leen con debida atención las siguientes palabras insertadas en los textos citados: el término subdesarrollo sería para el crítico oscurantista porque “*se trata de una categoría comparativa, donde el objeto (país) comparado es afectado en su esencia por el objeto (país desarrollado) con el cual se compara*” (frase subrayada por el Editor). Era una frase construida con términos innecesaria y confusamente teorizantes –como esos dos objetos, como ese objeto que afecta a otro objeto. Su sentido, empero, no era difícil de aprehender, aunque podía pasar desapercibido a causa de los párrafos enrevesados que le servían de contexto. La “esencia” aludida

de manera crítica en esa frase vehiculaba el mismo sentido que las palabras estructura, forma específica, neocolonia, capitalismo dependiente, etcétera. Lo que criticaba Kalmanovitz en el término subdesarrollo era que pudiera señalar especificidades de configuración interior, de estructura interior, de “esencia”, especificidades que eran afirmadas por los *Estudios* y que éstos derivaban de un tipo singular de dependencia en relación con las economías avanzadas. Kalmanovitz rechazaba el término subdesarrollo por su “oscurantismo”, el cual dependía, para él, de las significaciones que eran señaladas por Arrubla como las únicas que le podían dar legitimidad al término. Para este editor era raro –eso ayudó a confundirlo– que Kalmanovitz viera en la palabra subdesarrollo connotaciones de “esencia” y creyera necesario denunciarlas, cuando el prefijo “sub” remite por el contrario a asuntos de grado o medición, o sea a nada que tenga que ver con la “esencia” de un “país objeto”. (El diccionario dice que el prefijo “sub” significa “bajo”, “debajo de”, o que puede indicar “inferioridad”, “disminución” –acepciones todas de medición, de cuantía, no de forma).

El pensamiento de Kalmanovitz 75 era por “esencia” desestructurante, vale decir, demoledor de estructuras (deconstructor, diríamos, si la palabra no estuviera de moda para otros usos). Lo que más rechazaba Kalmanovitz en Arrubla, y por supuesto en todos los que él llamaba en tono despectivo los teóricos de la dependencia, eran las concepciones formalizantes, morfológicas, estructurantes. Nada raro que Kalmanovitz citara en su ensayo la fórmula de Marx: “el país más desarrollado industrialmente muestra al menos desarrollado la imagen de su propio futuro” (Kalmanovitz aclara: ese futuro es la explotación encarnizada de las masas proletarizadas). Nada raro tampoco que citara con especial énfasis, aplicándola explícitamente a Colombia, la frase de Lenin según la cual la descomposición de las formas precapitalistas de producción creaba pura y simplemente mercado, tal como había ocurrido en las primeras fases del desarrollo industrial de los países hoy avanzados. (Lleras –volvemos a recordarlo– ya en los sesenta estaba preocupado porque la descomposición de los pequeños productores urbanos y rurales estuviera creando un desempleo explosivo, y soñaba con frenar esa descomposición en el campo reforzando las unidades agrícolas familiares; Currie, por su lado, se preocupaba por que la masa de trabajadores desplazados por el capitalismo estuvieran produciendo muy poco y no formaran mercado). Kalmanovitz, asumiendo las formulaciones de Marx y de Lenin, consideraba que lo que existía entre las distintas naciones eran diferencias de grado histórico de desarrollo: grado de extensión del capitalismo, grado de explotación del pro-

letariado. Kalmanovitz resultaba teniendo así, sobre los países “dominados”, la concepción de grado contra la cual advertía Arrubla al expresar sus reservas en relación con el término subdesarrollo. Para Kalmanovitz, el proceso de dominación imperialista, descrito o prescrito por Lenin, no “afectaba en su esencia” a las naciones dominadas sino que conducía normalmente a la “diseminación y dominio de las relaciones capitalistas de producción”, con la sola variante de una “explotación más encarnizada” (p. 115). Con la sola variante del encarnizamiento era una fórmula que quería decir: sin presuntas distorsiones de forma, sin desfiguraciones. El capitalismo era uno, en el centro y en la periferia, su esencia era homogénea porque esa esencia consistía en las relaciones de producción capitalistas, en las relaciones de clase propias del sistema, en las luchas entre la burguesía y el proletariado prevalecientes en todas las áreas invadidas por ese modo de explotación. ¿Cómo hablar, en esas condiciones, de países “afectados en su esencia”, marcados diferencialmente en su conformación por la penetración y la dominación de naciones capitalistas más desarrolladas? Hablar de diferencias de esencia era olvidar que la doctrina marxista sostenía que lo primero, lo fundamental, eran las relaciones de producción, de donde debía deducirse que los países donde existían capitalistas y proletarios eran iguales entre sí. Nada más lógico. Cualquier diferencia entre las naciones no remitía a una diversidad de rasgos fisonómicos sino a la extensión del área cubierta por las relaciones de producción capitalistas y al grado en que eran explotados los obreros. Las naciones dominadas se caracterizaban, en relación con las dominantes, no por especificidades de forma, sino porque a ellas afluían los capitales exportados por las dominantes y también porque en ellas —¿a veces? ¿siempre?— la explotación era más encarnizada. Se nota que Kalmanovitz, como buen ortodoxo, tenía en mente el juicio de Marx sobre la dominación británica en la India. Marx, con inclemencia, con progresismo fáustico, veía a los capitalistas ingleses realizando una vasta obra de destrucción social pero trayendo, con el nuevo régimen de explotación, el dinamismo de la historia. (Los frutos del dinamismo introducido por el capitalismo inglés en la India no fueron tan exuberantes como pensaba Marx; la India se movió, sí, pero adquiriendo, con el trauma de la penetración extranjera, las taras que arrastran por siglos las civilizaciones violentadas y avasalladas). Ya hemos dicho que Kalmanovitz tenía también en mente a Lenin cuando éste dice que la descomposición de formas precapitalista produce mercado, y que el imperialismo expande las modernas relaciones capitalistas. En resumidas cuentas, Kalmanovitz tenía razón al afirmarse más legítimamente marxista

que el criticado Arrubla: la visión kalmanovitziana del capitalismo como un sistema que disemina sus relaciones propias de producción a áreas cada más extensas del globo es una visión marxista-leninista ortodoxa, “clásica”, como se dice. Al igual que Marx y que Lenin, Kalmanovitz sostenía que la descomposición de los productores precapitalistas creaba mercado y ensanchaba el sistema. Al igual que Marx y que Lenin, Kalmanovitz pensaba que la proyección imperialista de las economías maduras hacia zonas menos desarrolladas o precapitalistas, traía a éstas –con algunos traumatismos, es cierto– el dinamismo de la historia, la liberación de las fuerzas productivas y el desarrollo en todos los órdenes. (Así, Kalmanovitz decía en su ensayo que los capitales exportados por los imperialistas hacia países como Colombia removían las trabas al crecimiento de que hablaban los ideólogos como Arrubla; Kalmanovitz agregaba que ya Colombia se estaba desarrollando de manera acelerada gracias a las inversiones del capitalismo imperialista). Al igual que Marx y que Lenin, Kalmanovitz no imaginaba la existencia de economías capitalistas dependientes estructuralmente diferenciadas. Los ideólogos que hablaban de diferencias de forma entre unas naciones capitalistas y otras –entre naciones capitalistas dominantes y dominadas–, no eran marxistas. No eran marxistas porque ponían por delante del análisis contradicciones secundarias entre naciones, supuestas relaciones de dependencia que “afectaban la esencia” de un “objeto país”, en lugar de poner en primer plano las relaciones de producción, la oposición entre capitalistas y proletarios, las luchas entre estas dos clases. Arrubla, como todos los teóricos de la dependencia, descuidaba la lucha de clases. Para Kalmanovitz, el sistema de explotación capitalista era uno, y aquellos que hablaban de regímenes capitalistas con estructuras especiales ignoraban esa unicidad. (Sobre estos desarrollos ortodoxos, ver páginas 102 y 103).

El pensamiento estructuralista de Arrubla

Arrubla y Kalmanovitz, como revolucionarios, como pensadores que se reclamaban de marxistas, partían de la base de que el capitalismo era un orden social sometido a las leyes temporales de los entes históricos, un sistema llamado a conocer el ascenso y caída de todas las cosas existentes, y a disolverse finalmente en el aire. En esta posición teórica revolucionaria, que auguraba la bancarrota del capitalismo y afirmaba que éste podía llegar más o menos lejos –menos para Arrubla, más para Kalmanovitz–, los dos autores estaban de acuerdo. Diferían en cuanto al carácter del capitalismo

en las áreas tercermundistas, y en sus visiones sobre las condiciones de la revolución en dichas áreas.

La concepción de Arrubla sobre las economías subdesarrolladas era férreamente estructuralista. Mientras Kalmanovitz hablaba del Pacto Andino (pacto poco eficiente, expectativa nada sólida) como forma de constituir un mercado más amplio que sirviera de base para la fundación de una industria productora de bienes de capital, Arrubla descartaba esas salidas, considerando que las economías latinoamericanas no eran complementarias sino que miraban todas hacia el norte, con parecidos productos primarios que llevar a los mercados internacionales. Para Arrubla, la dependencia era una estructura inmodificable, salvo revolución. Cualquier eventual desarrollo, antes de romper esa estructura, la fortalecería, la agravaría. No es raro que en sus *Estudios* desdeñara la perspectiva que señalaba acertadamente el crítico: el crecimiento capitalista por la vía de la producción de materias primas y bienes intermedios. Repetimos: cualquier eventual crecimiento, para el radicalismo estructuralista de Arrubla, impondría el uso de una mayor cantidad de bienes de capital extranjeros, lo que significaba mayores necesidades de importación y, por tanto, mayor dependencia en relación con los países avanzados. En el caso de una fase de crecimiento –necesariamente corta–, la dependencia no sería atenuada sino que más bien ganaría en dramatismo porque una caída de los precios de los productos primarios en los mercados internacionales llevaría al país a una crisis económica y social más profunda. La hondura de las crisis sería proporcional al tamaño del aparato productivo. De la estructura de la dependencia, del subdesarrollo, no había modo de salir, porque cualquier avance caería dentro de esa misma estructura y no haría más que llevar la economía hacia despeñaderos más hondos. La revolución era lo único que podía romper esa camisa de fuerza que era la dependencia y modificar los rasgos mayores relacionados con ella: industria acéfala del sector productor de bienes de capital, amplias capas de la población por fuera del establecimiento capitalista y con bajísimos niveles de productividad, en fin, vasta marginalidad social.

Si para Arrubla los males mayores provenían de las estructuras de la dependencia, es lógico que lo que más condenaba, lo que más provocaba sus pasiones de revolucionario, era el imperialismo, exactamente el imperialismo norteamericano. (¿O tal vez el orden de causalidad podría invertirse, y decir que eran sus sentimientos nacionalistas, su rechazo al imperialismo, los que inspiraban sus concepciones férreamente “dependistas”?). Lo que separaba a Arrubla del Partido Comunista colombiano era que este par-

tido afirmaba la existencia de una burguesía nacional progresista, y sobre ello fundaba su línea política. La burguesía colombiana se limitaba, para Arrubla, a medrar en los marcos del raquítrico establecimiento económico determinado por la dependencia, y veía –esa burguesía– en Estados Unidos no una potencia opresora sino un importante apoyo contra la subversión, siempre proveniente de Moscú. En el punto de las relaciones de la burguesía colombiana con los imperialistas, las visiones de Arrubla y Kalmanovitz se acercaban, pero tampoco mucho. Para Arrubla, la falta de nacionalismo de la burguesía colombiana obedecía principalmente a su debilidad intrínseca y a su dramática dependencia económica (entonces, como ahora, bastaba que Estados Unidos amenazara con entorpecer sus importaciones de Colombia para que ésta tuviera que someterse en todo a su voluntad), o sea, Arrubla desesperaba de la Colombia capitalista porque ésta no podía darse el lujo de la soberanía, ni siquiera en las formas. Kalmanovitz, en cambio, lanzaba un cargo mucho más grave contra la burguesía colombiana: ésta se encontraba aconchada con la burguesía imperialista para explotar con encarnizamiento al pueblo colombiano, y no tenía ni la más mínima inclinación a pelearse con su poderoso y conveniente socio. La proclama que Arrubla lanzó como cofundador del Partido de la Revolución Socialista y que buscó fundamentar en sus *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano* decía que sólo el socialismo podía rescatar la soberanía de la nación, poniendo coto a la prepotencia norteamericana.

Revolución, ortodoxia y heterodoxia

Hay algunas preguntas delicadas que cabría hacer al autor de los *Estudios*. ¿Cómo iba una supuesta revolución socialista a romper las estructuras económicas de la dependencia, vale decir, a conseguir los bienes de capital hasta aquí –hasta la revolución– suministrados por los países capitalistas avanzados, y a librar sus productos primarios de los azares y presiones a que estaban sometidos en los mercados internacionales? ¿Acaso la instauración del socialismo podía cambiar las dimensiones de la economía hasta el punto que hubiera una base para la creación de una industria productora de bienes de capital? No. No creemos que Arrubla soñara con eso. Llevado por su ardor revolucionario, es posible incluso que evitara plantearse el problema. O tal vez considerara, de manera callada, inconfesable, esta perspectiva: la inscripción en el campo socialista. Ya se sabe que los marxistas tardaron mucho en dejar de ver en ese campo una fraternidad, un grupo profundamente solidario de

naciones. La revolución es de por sí romántica, y la juventud revolucionaria lo es más. O tal vez la ilusión inconfesable de Arrubla versara menos sobre el campo socialista que sobre la Unión Soviética en particular. Este país estaría llamado a cumplir, por solidaridad política, con todo desinterés, la función que “antes de la revolución socialista” había correspondido a las potencias capitalistas (suministrarnos equipos a cambio de café).

Las perspectivas revolucionarias de Arrubla eran malas, muy malas. La dependencia del capitalismo colombiano denunciada por los *Estudios* era, en términos de civilización, una ventura comparada con la hipotética dependencia de una Colombia socialista en relación con un país no menos imperialista que las potencias de Occidente y, sobre todo, más asfixiante en el orden interno que los mismos países subdesarrollados.

Las concepciones socioeconómicas de Kalmanovitz eran, por su parte, de la más pura estirpe marxista. Su visión de la revolución era también más ortodoxa: para Kalmanovitz, lo que estaba en juego en la revolución no eran asuntos nacionales sino el choque de la clase del proletariado con la clase de la burguesía. Un combate duro de pelear, ciertamente, pero nítido en su planteamiento —como en Marx. Aquí no se desdibujaban como en Arrubla los problemas de clase. La perspectiva económica que pintaba Kalmanovitz para Colombia y países parecidos era la de un crecimiento impulsado por el ingreso de capitales imperialistas extranjeros, capitales que iban a ampliar el aparato productivo nacional, a ayudar a mejorar los términos de intercambio, a traer bienes de capital y tecnología, incluso a desarrollar en unión con la burguesía local un sector productor de bienes de capital. Los imperialistas estaban ya directamente involucrados en el aparato productivo colombiano, compartiendo con la burguesía local la explotación del proletariado. Esa asociación de burguesías, que ampliaba y hacía más compleja, más moderna, la economía, garantizaba también la fortaleza política del régimen: Kalmanovitz nos recordaba que en el imperialismo era decisiva la dominación político-militar. En ese paisaje de un establecimiento capitalista tecnológicamente avanzado, con una base económica más amplia y compleja, y con el respaldo del poderío político-militar de los imperialistas, eran poco claras —¿no es verdad?— las perspectivas de una revolución proletaria.

Las concepciones teóricas (sobre la realidad socioeconómica) y las concepciones prácticas (sobre la acción política) de Kalmanovitz eran de un marxismo más ortodoxo que las de Arrubla. Tenían el radicalismo clasista del *Manifiesto Comunista*, pero parecían necesitar más tiempo para cumplirse. Dadas la asociación económica de la burguesía nacional y la extranjera y

las buenas perspectivas de crecimiento que Kalmanovitz derivaba de ello, y dado el cuadro de una lucha de clases que enfrentaba al proletariado con la alianza político-militar de esas dos burguesías, el capitalismo colombiano podía tener un buen trecho histórico por delante.

EPÍLOGO EN EL CIELO

El ensayo de Kalmanovitz “A propósito de Arrubla” era un pasaporte al cielo de los doctrinarios. Según los teólogos liberales hay, en efecto, una puerta en el cielo para los fieles de todas las doctrinas. Dios es grande –dicen esos teólogos– y no hace discriminaciones entre doctrinarios, lo importante es que sean doctrinarios. Kalmanovitz, con su ensayo sobre Arrubla, pasaría derecho por esa puerta. A Arrubla, en cambio, podría ocurrirle como al ciceroniano de que hablaba Marx. Llegaría (tiempo después) con su libro sobre el subdesarrollo y sería detenido en la entrada. —¿Quién eres? –preguntaría el portero. —Un marxista –respondería Arrubla, enseñando el libro. —Mientes –diría el portero. —Tú no eres más que un antiimperialista. 🍷

